

CUENTOS TROPICANTES

CUENTOS TROPICANTES

AA. VV.

Mariano Quirós, Lucas Brito Sánchez, Guido Moussa,
Paola Fernández Mafut, Loreley Berger, Alfredo Germignani,
Antonio Scappini, Marcos Misiaszek, Julien Coupat, Lucas Diel,
Matías Rivarola, Mercedes Alegre, Marcelo Caparra, Pablo Black.

1a. ed. - Resistencia - Literatura tropical, 2014

108 p ; 21x14 cm.

ISBN

1. Narrativa Argentina. I. Título

CDD

Fecha de Catalogación:

Literatura Tropical

Idea & co-edición:

Literatura Tropical .Com & Centro Cultural Alternativo (Ce.Cu.Al)

Edición creativa y colectiva:

Pulpa | Literatura Tropical .Com | Centro Cultural Alternativo (Ce.Cu.Al)

Foto de portada: Silvia Longhi

Diseño de Arte de Portadas e interiores: Pulpa | Laura Sosa, Guido Barberis.

Corrección: Guido Moussa | Lucas Brito Sánchez | Alfredo Germignani

Impresión: Contexto Editorial-Librería

Hecho el depósito de ley 11.723

Derechos reservados

Prohibida su reproducción total o parcial

Lectura recomendada para mayores de 18 años.

www.literaturatropical.com


ConTexto
Librería | Editorial


CENTRO CULTURAL
ALTERNATIVO
cultura del encuentro


Instituto de Cultura
del Chaco
TODAS LAS CULTURAS

Literatura Tropical  Com

PULPA

WILD CHARUTO

—¡Mirá esos tres giles! —gritó instintivamente el suboficial Santos Carmona, y pisó el freno. Lo hizo como si su bota estuviera aplastando el cráneo de su hijo adolescente o el de un criminal homosexual o el de un paraguayo. Así pensó Santos Carmona cuando pisó el freno del patrullero, un Corsa traqueteado, que emitió un chirrido aparatoso, casi metálico, cuando clavó los neumáticos sobre el asfalto, dejando atrás una vaporosa y hedionda nubecita de humo blanco, caucho quemado, olor a hombre.

El cielo estaba limpio, sin estrellas. Era —seguro— el día más caluroso del año en todo el país, cincuenta y dos grados Celsius según el Servicio Meteorológico Nacional.

—PEEERO... ¡¿QUÉ MIERDA PASA?! —dijo, bostezando y desperezándose, el cabo Pinchevsky, recién nomás expulsado de un sueñito que lo tenía de espalda contra el recodo de una calleja oscura y nauseabunda mientras Mirtha, la travesti, se la chupaba obligadamente. Pinchevsky se incorporó tras el sacudón que pegó el patrullero al detenerse; casi se partió al medio la cabeza contra el parabrisas. Puteó rascándose el sobaco y embroncado por volver a lidiar otra vez con la realidad real, interpeló a Carmona con ojos extraviados y alzando la papada como un sapo altanero —.

¡¿So loco vO o qué tené pa frenaa'sííí?!



Carmona venía conduciendo el patrullero mientras el cabo primero Fabián Pinchevsky supuestamente “dormitaba”.

En realidad estaban volviendo para la Comisaría Primera; habían estado patrullando la zona del barrio Central Norte por avenida 9 de Julio al mil cuatrocientos y pico, cuando el suboficial al volante advirtió la presencia de tres vagos, jipis más precisamente, ñeris salvajes, ingiriendo bebida alcohólica y seguramente drogándose en la vía pública, comprometiendo la seguridad de los vecinos.

Así pensó Santos Carmona, como autómatas. Lo tenía incorporado desde la Escuela de Suboficiales, cuando recién conoció a Pinchevsky; cuando Pinchevsky era mucho más joven que él y todavía no empezaba a agarrarle el gusto por la guita y la cometa, cuando se jugaba más por la ideológica, y le enseñó, Pinchevsky a Carmona —no sin cierto resentimiento al transmitir un conocimiento tanpreciado para él—, cómo venía la mano en la calle, cómo era la cosa allí afuera: “A los negros hay que tenerlos cagando, reventarlos bien a palos y después preguntarles lo que haya que preguntar”.

Como el cabo primero Pinchevsky tenía una pansa de cuarenta y siete centímetros de diámetro, le costaba movilizarse y no usaba el cinturón de seguridad. La sonora arrastrada de los neumáticos y el sacudón lo abofetearon en el momento más poseso de su depravado sueño, así que se despertó con muy mal genio.

El aire acondicionado no funcionaba hacía meses y la baranda adentro del Corsa era truculenta. Cuando Carmona le contó que en el quiosquito del Colorado Mondongo había visto tres sospechosos drogándose, obviamente Pinchevsky se sulfuró y casi entró en fase atómica: “¡Negros de mierda! ¡Negros de mierda! ¡Negros de mierda!”, triplicó, mascando tierra.

Le tomó cuarenta y tres segundos al gordo Pinchevsky despegar su culo pesado y fofó de la butaca del acompañante del Corsa, abrir la puerta y salir caminando muy lentamente, barrido a sus espaldas por la intermitencia estroboscópica rojo-azulada de

la baliza policial. “Asardinado voy en este auto de mierda, cada día estamos peor, todo se viene a pique”, protestó el cabo primero, subiéndose los pantalones hasta estrangularse el dilatado escroto y los testículos, para después escupir casi sincronizadamente un Moby Dick verde y gelatinoso que estalló contra las baldosas surcadas de la vereda, desparramándose como caca de paloma.

El suboficial Santos Carmona era alto y enjuto y hacía todo lo que decía Pinchevsky casi sin chistar. Ambos venían de una redada en Barranqueras; aunque tenían aspecto de haber pasado el día morfando fritangas y panchos. Parecían muy amodorrados, entumecidos por las altas temperaturas. Caminaron algunos metros por una vereda iluminada tenuemente por un tubo fluorescente blanco alrededor del cual revoloteaban cucarachas gordas y negras y escarabajos de todos los colores excepto el fucsia.

Era domingo de madrugada en la city. No soplaban ningún viento. La temperatura había descendido dramáticamente, de cincuenta y dos a cincuentaúñ grados. Un vaporoso manto de humedad parecía flotar sobre las calles y repiquetear en las ramas de los árboles. Bajo la noche equidistante, trágicamente perdida en lo tropical, nadie estaba a salvo. “Claro que soy peligroso: soy un policía, puedo hacerte daño con total impunidad.”, solía decir Pinchevsky a los aprehendidos que se negaban a cantar.

Pinchesvsky avanzó esquivando torpemente un grupo de mesas y sillas de plástico. En unos parlantecitos carachentos, empotrados a la pared porosa y entelarañada del quiosquito, sonaba *Fuegos de Octubre* de Los Redonditos. Carmona se ubicó a la derecha de Pinchevsky; aunque un par de pasos detrás le sacaba cabeza y media. El quiosquito del Colorado no era más que eso, unas cuantas sillas, otras tantas mesas, una ventanita enrejada por donde el Colorado despachaba las cervezas y –por supuesto naturalmente– el rocanrol tronando todas las malditas noches, las mismas putas canciones de Los Redonditos una y otra vez, para desgracia de los vecinos, en aquel antro ubicado justo a mitad de cuadra. Eso era todo. Ni caramelos vendían en el quiosquito del Colorado, solamente birra. Por eso se



amontonaba allí la vagancia del Central Norte: para chupar cerveza fiada cuando no había guita para alimentar la joda perpetua.

Los tres ñeris solamente estaban ahí: chupando y nada más que chupando cerveza en el quiosquito del Colorado. El Colorado propiamente dicho estaba atrás, en el habitáculo conjunto, del otro lado del aparador de mimbre, mirando en el televisorcito de catorce pulgadas la repetición del resumen de la quinceava fecha del Torneo Apertura «Néstor Carlos Kirchner». Cuando Pinchevsky pasó por al lado del enrejado sacó su tonfa y le pegó tres veces seguidas al rectángulo de fierro que enmarcaba la ventanita, al grito de “¡Colorado, la puta que te parió! ¡Cuántas veces voy a decirte que a esta hora no se vende más nada!”.

Santos Carmona media un metro noventa y tres centímetros de estatura y tenía manos grandes y oblongas igualitas a las del Mono Navarro Montoya. Era flaquito, eso sí; pero fibroso. Bruto como un ladrillo colorado, era –prácticamente– incapaz de pensar por sí mismo y encima salivaba al hablar. No obstante ello jeteó una sonrisa de perfil antes de sacar su tonfa y comenzar a asirla tontamente. Tenía bigotitos Santos Carmona, dos rayitas que parecían pintadas con corcho quemado.

A los lados se escuchaba el temblequeo del motor de los aires acondicionados de la cuadra. Cada cinco o seis minutos cruzaban como rayos tandas de automóviles y camiones cisterna, que sacudían los vidrios de las ventanas. Sirenas estallando a lo lejos. Bocinazos aislados. Tiros perdidos gatillados al aire. Algún que otro ñeri pedaleando la calle encima de una bicicleta playera, probablemente robada. Un gato gris vagando por un muro. Un perro ladrando al gato gris. O tal vez a otros gatos.

Y los vagos... la risa de los vagos.

Los vagos (propiamente dichos) no eran ningunos boludos y ya habían advertido que la yuta les puso el ojo cuando oyeron la dramática frenada del Corsa traqueteado. Sin embargo resolvieron –tácitamente, cruzándose miradas cómplices– permanecer allí, seguir charlando y riendo. Estaban sentados a la mesa, chupando

una eterna cerveza Báltica, hablando al pedo sobre una minita, una tal Pitufina, que andaba cogiendo con Luquitas Guerrasabo. A Luquitas Guerrasabo sus dos ñeris lo cargaban con Pitufina cuando de manera precipitada y repentina se vieron asaltados por la presencia del gordo Pinchevsky, quien al verlos ahí sentados holgazaneando, chupando cerveza a altas horas de la madrugada y con total y absoluta impunidad –seguramente– drogándose, resolvió hacer su entrada triunfal dándole de patadas a la mesa, que voló por los aires junto con la Báltica y los vasos y los paquetes de cigarrillos Marlboro.

— ¡¡¡Juuuuuuaera pendejos de mierdaaa!!! —bramó Pinchevsky, descompasándose como un cerdo de trescientos cincuenta kilos después de haber embestido violentamente contra los polluelos haraganes de la chacra.

Los vasos eran de plástico así que no se rompieron salvo por el fatídico hecho de que se desparramó un litro de cerveza helada que minutos antes había comprado Luquitas Guerrasabo y para colmo de males, por si fuera poco que los asaltara la yuta, se mojaron todos los cigarrillos con cerveza y si bien la botella no estalló en mil pedazos como estaba previsto, rodó después de caer a la vereda emitiendo, al girar, ruiditos cristalinos y sinceros como un puñado de clavos arrojados sobre una superficie de vidrio, dejando escapar el remanente de su precioso contenido dorado.

Todos quedaron como hipnotizados durante un par de segundos a causa de la belleza sonora de una Báltica rodando en la absurdidad más estúpida hasta finalmente detenerse un tramo más adelante, tal vez unos cincuenta u ochenta centímetros más adelante de donde los vagos estaban boludeando, a estas alturas parados y estáticos y atónitos, cuando empezaron a sacudir sus brazos zamarreándolos vigorosamente por encima de sus cabezas expresando con ello su ya evidente disconformidad ante el impune y desvergonzado proceder de los agentes del orden.

La mesa terminó patas arriba, bordeando el cordón de la avenida. La botella escupió las últimas gotas de cerveza, chorreando



espuma blanca por el pico, tumbada a pocos centímetros de la mesa, finada. Como era de suponer los vasos también volcaron con toda la cerveza que contenían y esa escena, de la cerveza helada y recién comprada y derramada y desperdiciada y la espuma blanca borboteando, a Luquitas Guerrasabo le dio montones de bronca y su garganta se infló de venas.

A todo esto apareció el Colorado Mondongo y su cara de pelotudo consumándose aún más desde aquella ventanita de fierro detrás de la cual su pecosa jeta de mortadela no alcanzaba más que a gesticular fastidio simulando que el incidente entre la poli y los vagos le producía hartazgo (como diciendo: “¡Otra vez NO la puta madre que me parió por qué a mí!”) cuando en realidad lo que soberanamente le rompía las pelotas al Colorado Mondongo era el hecho de que seguramente el cabo Pinchevsky lo obligaría a testificar en su favor y encima tendría que bancarse el trajinar hasta la Comisaría con todo lo que ello acarrearía en su futuro inmediato, suyo, muy personal; seguramente lo volverían a citar para declarar y lo tendrían de aquí para allá como cuero de picho.

Ni bien Pinchevsky lo vio al Colorado le deseó la muerte desde lo más profundo de su cavernoso corazón y, apuntándolo con la tonfa después de mirarlo como a una criatura incivilizada o de raza inferior, le ordenó: “¡Colorado del orto, apagá esa música de drogadictos!”. Colorado bajó el volumen del equipito de música usando el mouse de la computadora y después rezongó levantando los brazos en cruz y descolgando en ese mismo acto, desde los sobacos hasta los codos, dos mantas flácidas de piel sebosa, estriada y sudorosa, agitándose como mantos de mondongo humeantes recién sacados de la olla con agua hirviendo.

Pinchevsky comprimió su jeta cuando vio aquel espectáculo desagradable que casi lo hizo vomitar a pesar de que Pinchevsky no vomitaba casi nunca y era él mismo casi enteramente un mondongo antropomórfico gigantesco y repugnante. Se llevó el revés de la mano a la boca y arrugó la nariz, y atómicamente encolerizado, en tres movimientos velocísimos, precisos e impensados —sobre todo

teniendo en cuenta la edad y el estado físico de Pinchevsky— su tonfa salió eyectada de su mano derecha como un arpón para cazar tiburones y, como si no estuviera previsto o las probabilidades fueran escasas o inclusive nulas, pudo atravesar, a pesar de su tamaño y forma triangulada, la ventanita rectangular de fierro del quiosquito, sin desviar su rectilíneo trayecto hasta finalmente reventar el tabique de la nariz del Colorado Mondongo tronando en un cric seco y distante y presunta y aparentemente muy, muy doloroso, después del cual cayó al suelo la tonfa y la nariz del colorado quiosquero se convirtió instantáneamente en una fábrica de chocolate.

—¡Uuuhhh, qué vigilante! —dijo Luquitas, mientras el Colorado aplastaba sus rodillas contra el piso. Cubriéndose con ambas manos los ríos de chocolate rubí intenso que emanaban de sus fosas nasales, gritó ayes salvajes y desgarradores. Sus ojos vidriosos podían verse detrás del enrejado de fierro que cubría la fachada del quiosquito.

—¿Quién dijo eso? —interpuso Pinchevsky, y, dándose vuelta y frunciendo el ceño y mordiéndose los labios con fruición, achinó sus ojos verdes y saltones.

— ¡Piro si no estábamo haciendo naá! —metió la cuchara, con tonito de protesta, uno de los ñeris que acompañaban a Luquitas Guerrasabo.

El cabo Pinchevsky sacó su arma reglamentaria 9 milímetros y dio dos pasos hacia adelante e introdujo violentamente el cañón del chumbo adentro de la boca del ñeri, quebrándoles los incisivos centrales y laterales y los caninos y desgarrándole también los labios. Una catarata de chocolate descendió por el cuello del ñeri, rodeado por aros de mugre. Pinchevsky no le dio tiempo ni a gritar al pendejo y lo neutralizó con un rodillazo en los huevos. El ñeri quedó colgando del puño de Pinchevsky, que lo tenía manoteado por un mechón de pelo de la nuca.

El otro ñeri, que también escoltaba a Luquitas, amagó con arrojarle encima de Pinchevsky pero Carmona le pegó un manotazo que lo dejó nocaute. Luquitas hizo rechinar sus dientes, y de reflón



—pura casualidad— lo vio al Colorado Mondongo, nadando en un río de sangre adentro del quiosquito. Carmona lo miró a Luquitas y después lo miró a Pinchevsky, proyectando una sonrisita jadeante y socarrona. Pinchevsky le devolvió la gentileza y también se sonrió justo cuando un proyectil, una bala, horadó su cráneo, la cavidad orbital derecha de su jeta quedó destrozada. Pinchevsky se desmoronó. El gatillazo se escuchó a cientos de metros a la redonda.

—¡Mirtha! ¡Hija de mil puta! —gritó Santos Carmona, procurando infructuosamente desenfundar su arma reglamentaria; pero sus manos eran demasiado grandes y torpes. Otra detonación hizo estallar su mandíbula y su metro noventa y tres centímetros de estatura se derrumbaron como una torta de casamiento de tres pisos.

Mirtha llevaba peluca revuelta y rubia y ropa sexy y ajustada. El delineador y el rímel se empastaron alrededor de sus ojos y en las mejillas, de tanto llorar por el gordo Pinchevsky. Estaba nerviosa, sus manos temblaban. Parecía cansada, abatida. Luquitas notó que le faltaba un zapato. Mirtha se desplomó en el piso, tenía la jeta inflamada, trompeada, cuando estalló en llanto. Luquitas metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó de dentro un cigarrillo corrugado de marihuana de su propio cultivo suyo muy personal. Dio dos pasos y se acercó a Mirtha y se lo entregó en la mano, la miró a los ojos y le dijo:

—Este faso te vuela la cabeza.

CUMBIA EN BASE

PARA EL BARRIO AEROPUERTO

Cuando escuché el término “antropofagia” me llamó tanto la atención que fui urgente a buscarlo al diccionario: “Costumbre que tienen algunos salvajes de comer carne humana”. Hacía bastante que andábamos tras un nombre para la banda y ese me pareció genial. Lo propuse y luego de leer el significado en voz alta, los demás lo aceptaron entre vivas y espuma de cerveza que voló al techo.

Creo que Antropofagia fue uno de los nombres más raros que hayan existido para una banda de cumbia. El tema arrancó cuando mi mamá me regaló una guitarra eléctrica. Mi idea era tocar rocanrol, pero se me fue complicando el aprendizaje debido a lo intrincado del asunto y mi inconstancia crónica. Por suerte, en ese momento me topé con Toribio, un vecino que sabía bastante de música, aunque lo suyo era más bien lo tropicaloide.

Así empecé a aprender, de a poco, algunos punteados de Los Palmeras y Los Charros, mientras con Toribio nos tomábamos unos teres de juguito en la galería de su casa. En realidad, lo más trascendente de ese momento fue la cantidad de música que fui incorporando, pues mi vecino vino a ser como un sensei del ritmo, un Jack Black que en lugar de regentar una Escuela Cheta de Rock, tenía una Academia Popular de Cumbia. De modo que gradualmente fui trocando los casetes de AC/DC y Van Halen por otros de Malagata y Miguel *Conejito* Alejandro.



En esas horas de escucha solitaria en mi pieza llegué a aprender una de las verdades universales: al igual que los comienzos épicos de los cuentos clásicos de Poe, la fuerza vital de cualquier cumbia que se precie, debe estar contenida en las primeras líneas. “En mi pueblo hay una plaza y en la plaza un farolito”, del *Jaguar* Alarcón, es una muestra elocuente de esto. O bien cosas como: “Quiero decirte al oído, tantas cosas preciosas que estoy sintiendo por ti”, del maestro Antonio Ríos.

Por entonces, entre mis compañeros de escuela contaba con el flaco *Pibi*, que sabía tocar un poco el bajo, además de Rizzo, un chicato genéticamente chamamecero que andaba bastante bien con el acordeón verdulera. Y pará de contar. Por eso tuve que recurrir a los amigos del barrio. Leoncio tenía en su casa unas tumbadoras que su viejo había ganado en la timba. Después estaba Dani, que tocaba el teclado en una Iglesia Evangelista. Y la formación se cerraba con Toribio, alma mater de la agrupación, que llevaba el ritmo con la guacharaca, ese instrumento gracioso que parece un rallador.

“Esto es *paupérrimo*”, dijo Leoncio en el primer ensayo. Y estaba en lo cierto, pues la deformidad musical en la que incurrimos estaba fuera de todo estándar de lógica y corrección. Ahí entró a tallar la sabiduría de Toribio, que metió mano en el teclado de los evangelios y programó un ritmo. “Esto se llama cumbia en base”, nos instruyó. A partir de ahí, todo fue progresivamente mejor. Ese ritmo parejo y distorsionado disimulaba bastante bien nuestros defectos de principiantes. De esta forma logramos un par de temitas bastante sonideros, aunque vacíos de letra.

Como quería jugarla de líder, y socavar de movida el poder tácito del gran Toribio, sin que nadie me lo pidiera, asumí la responsabilidad de garabatear algunas líneas. Esa noche me rompí la cabeza pensando. Traté de buscar inspiración en las introducciones de los temas que me copaban, convencido de que encontrar la punta del ovillo era suficiente para desgranar una buena letra. “Salí a caminar, en una noche hermosa, pero de repente se quedó sin luz la ciudad”. Repetí ese inicio genial de La Nueva Luna como un

mantra, con la ilusión de que por analogía me llegaría algo de la mágica inspiración del *Chino*. Pero el papel seguía en blanco.

Estaba en eso, cuando me quedé dormido. Entre sueños, distinguí la melodía que habíamos compuesto unas horas antes y mi voz que clara y afilada cantaba: “Adelante camarada Sebastián, entrañable amigo, perro inmundo”. Después llegaron otras líneas, igual de extrañas: “Qué lejos aquellos tiempos, Sebastián, cuando un suboficial nos enseñaba el marxismo”. Me levanté terriblemente excitado, anoté enloquecido estas líneas y después me volví al sobre, convencido de que había empezado a concebir una obra de arte.

Al otro día me levanté a eso de las 12.30 y luego de prepararme un tereré con jugo de pomelo exprimido, me puse a repasar las líneas. Me agarró un ataque de risa. No lograba entender nada de lo que estaba escrito. “Qué es esta mierda”, empecé a decir en voz bajita, hasta que me fui sulfurando y empecé a gritarlo a garganta pelada, como un poseso. En eso vino mi viejo y para tranquilizarme me abarajó un cintarazo en la garganta. Caí doblado, y, para aliviar la zona afectada, me fregué con una cáscara de pomelo, infalible remedio contra la picazón.

Después de comer un guisito me fui a la casa de Toribio para presentar la letra. Encendimos los equipos, empezaron a sonar el ritmo y la melodía y avancé con mis líneas. Todos se quedaron atónitos. Después Leoncio gritó: “¡Está buenísima!” y lanzó una enorme y demencial carcajada. Al instante todos nos encontramos abrazados, saltando y gritando. Los chicos de Antropofagia me subieron en andas y así me llevaron por las calles de barrio, entonando: “Adelante camarada Sebastián, entrañable amigo, perro inmundo”.

El tema, titulado “Estratégico Sebas”, fue un éxito que corrió cual sangría en bailongo, más que nada por el ritmo pegadizo que craneó Toribio. Yo, en lo personal, me sentía orgulloso de esa letra mágica que me bajó de la nada, en medio de un sueño entrecortado por un calor pegajoso de verano, con el agravante de los repetidos cortes de luz de Secheep y el zumbido de un millón de mosquitos,



envalentonados ante la ausencia de esos vórtices de aire caliente que lanzan los ventiladores de pie.

Gracias a “Estratégico Sebas” tuve mi primer coito. El milagro ocurrió en el Salón Gabriela Mistral, cuando una chica del barrio Sarmiento que fue a vernos actuar y me llevó hasta el baño. Aun resistiendo el barandón que emergía de las letrinas putrefactas, ella se dispuso de gran manera para el goce amoroso. ¡Qué noche inolvidable!

La sala estaba a full. Era tanta la expectativa en torno a nuestra “cumbia combativa”, la cual empezó a circular en forma casi clandestina a través de grabaciones caseras, que la gente incluso se colaba por los muros y alambrados perimetrales, auto infringiéndose magullones, raspaduras, esguinces y lesiones de todo tipo. Casi como un Joe Strummer tropical, me planté ante los organizadores y les exigí que de inmediato levanten las boleterías. “Saquen las vallas. Que entre todo el mundo”, grité, en medio saltitos y gestos ampulosos, ya en pose de líder total.

Todo iba más que perfecto, hasta que apareció un tipo raro, canoso de pelo y de bigotes, que sin más empezó a insultarnos. “Pendejos ladrones, dejen de lucrar con la memoria de mi hermano”, gritaba. En eso se acercó un muchachito y le preguntó: “Perdón, ¿usted es el *Turco* Asís?”. Ah, lo loco que se puso el viejo...

Leónidas Lamborghini, que alertado por la trascendencia que la canción había logrado en buena parte del norte chaqueño, suspendió su cacería en El Impenetrable y se dio una vuelta por Castelli, para ir a salvaguardar el legado familiar. Como la música estaba fuertísima, tuvo muchas dificultades para explicarnos quién era su hermano, el inefable Osvaldo, y sobre todo su hijo (o sobrino) deforme y genial: El Fiord, una obra que, según sus palabras, nosotros habíamos vilipendiado, ultrajado o algo así.

“Mire viejito, tómese el palo o lo vamos a cagar a trompadas entre todos”, le advertí. Pero Leónidas, enardecido, seguía insultando y diciendo que nuestro tema era un plagio infame. Ahí me calenté. Entonces tomé carrera y salté desde el escenario con una patada

voladora, en un émulo de la legendaria cabriola del Payaso Pepino, que fue a dar sobre el pecho peludo del encumbrado poeta.

“Uy, cómo me atoraste, pendejo de mierda”, dijo Leónidas en susurros entrecortados, aunque se levantó al instante, no sin antes acomodarse los bigotitos y bajarse unos tragos de cerveza con granadina. “Ahh mierda, que está buena...” dijo el tipo, casi como una maniobra distractiva, pues al toque sacó desde atrás un porronazo que fue a darme en una oreja. Quedé medio grogui y trastabillante, situación que Lambo aprovechó de mil maravillas para aplicarme un rodillazo en los testículos. Una vez en el piso, me suministró en dosis, la *tortura china*, consistente en introducir un yuyo o palito en una de las fosas nasales y escarbar destempladamente en busca de nada, Iorio style.

Como la picazón era insoportable, terminé cantando, pese a que nunca había escuchado hablar de Osvaldo Lamborghini y mucho menos de su obra. “Si, está bien, lo copiamos”, grité en medio de los espasmos que me provocaba la tortura, y sin más, entregué al bueno de Toribio. Nunca olvidaré su cara, cuando un grupo de editores y buchones de la SADE ingresó al Gabriela Mistral y se lo llevó, arrastrándolo innecesariamente de los pelos, bajo los cargos de plagio y grasada estética. Ese fue el principio del fin de Antropofagia.

En la era post-Toribio, intentamos seguir con la composición musical, pero cada letra que redactábamos era intensamente revisada, en un agotador ejercicio de lectura que nos demoraba semanas y meses. Fue así que llegamos a Edgar Allan Poe. Revisando Berenice, uno de sus tantos cuentos geniales, me topé con estas líneas: “Toda la atmósfera de la recámara olía a muerte, pero el aire particular del féretro me hacía daño” y “... contemplaba fijamente el cadáver rígido extendido a todo lo largo del féretro abierto”. Después fui al disco debut de Todos Tus Muertos y las reconocí en El Féretro, excelente tema para tomar fernet.

Me agarró otro ataque de risa. Luego lloré, grité, pataleé y hasta hice break dance tirado en el piso, invocando el nombre de Toribio,



el heroico patrón de la guacharaca, injustamente mazorqueado por su condición de sensei de la cumbia (y de la buena).

#02

CONTIGÜIDADES

“*L'ENFER C'EST L'AUTRE*”

J.P. SARTRE

Imaginemos que ocurre así: doce o trece familias muy honradas se autoconvocan y deciden que no puede ser, que es suficiente, que ya—están—hartos. Y entonces hacen lo siguiente: trazan una línea divisoria, porque está bien visto que la realidad se exhiba en un cuadro de doble entrada, como éste: de un lado *Nosotros* y del otro, *Ellos*. No se olvide de recordar, lector, que esto que usted está leyendo es una ficción y no guarda relación en absoluto con hechos y personajes de la cotidianidad.

Sigamos. Nos toca inventar un escenario acorde a las características y los rasgos generales de *Ellos*; acto seguido —y midiendo con el mismo cristal—, establezcamos diferencias más o menos abismales para no hacer caer al lector en la confusión entre un contexto y otro:

El barrio de *Ellos* es oloroso, la tierra de las calles raspa los poros de cualquier nariz decente y respingadita que se atreva a respirar y manejar sobre ellas con las ventanillas abiertas. Hay más: está sucio; en las veredas se amontona basura, probablemente destinada a las garras de una jauría pulgosa y hambreada. No tarde en vislumbrar, lector, que eso, en el barrio de *Nosotros*, no pasa. Porque el barrio de *Nosotros* es el mejor de la ciudad.



Debiera llamarse de alguna manera la ciudad en cuestión, tal vez para sumar credibilidad al relato. Una tentativa de nombre es, por qué no, Resistencia.

Gráficamente, esta ciudad es el estado de conciencia del subdesarrollo, algo que alguna vez quiso ser todo glamur y terminó no siendo. Es posible que tenga una escandalosa manía por treparse a un canon que no alcanzará, quizá por carecer de cadenas multinacionales muy reconocidas y por retrasar la creación de un shopping que compita con la ciudad de enfrente o quizá simplemente por poseer los tachos de residuos con menos uso y más deteriorados del mundo; pero esto es muy importante: atención al interior, allí hay zonas desde las que uno puede medir su statu quo y quedarse tranquilo porque hay pueblitos que se ven, desde luego, peor.

O sea, sólo por sintetizar, podríamos admitir que decir “el barrio de *Nosotros* es el mejor de la ciudad” es lo mismo que haber dicho que no es gran cosa, en realidad, pero alcanza para que la categoría de sobresaliente deje a sus vecinos contentos.

Volvamos a los hechos: vecinos furiosos –ceños fruncidos– indignación.

Una causa detonante y bastante contemporánea de ese malestar bien podría darse por el monstruo mitológico de dos ruedas y dos patas al que denominaremos, en adelante, motochorro. En el siglo que apenas comienza, los asaltos son intervenidos con esas latas ruidosas comandadas por seres llamados ñeris, tapes, negros y, además, chorros.

Entonces ocurre que *Ellos* –los ñeris– salen con sus motitos desde sus barrios de la periferia hacia el barrio de *Nosotros*, abusan de todo límite, lo atraviesan; por lo que los vecinos se ven obligados a actuar.

¿Cómo hacerle frente a este tipo de adversidades? Bien, tal vez en principio podemos imaginar que se les hubiera ocurrido juntar firmas para prohibir la venta de motitos con caño de escape ruidoso o también echar al Presidente de la Nación –chivo expiatorio por

excelencia—, pero ése es, ciertamente, un proceso bastante largo. Así que supongamos que acordaron armar una red de comunicación alertando al resto ante alguna posible amenaza, lo que ya es mucho: sin ánimo de ironizar, lector, a estos personajes les entusiasma en demasía la novedad del compromiso y la unión; ya se sabe que para un vecino no puede haber nada mejor que otro vecino.

Los apellidos del vecindario van desde Herrera hasta García, con grises italianos y británicos, al medio.

Dilucidemos, ahora, un posible contexto: toda persona es un sistema sumergido en una pesada carga de historias que se entretejen creando valores, creencias y tradiciones para circunstanciar escenarios más o menos repetitivos. Así que podemos inventarles un manual de editorial clasemediera a sus hijos —a los hijos de las familias de bien—, para que vayan comprendiendo las diferencias esenciales que explican por qué *Nosotros* nos diferenciamos de *Ellos*. El manual (Kapelusz parece un nombre original) rezaría lo siguiente:

“Para izar las banderas de la Civilización, había que terminar con lo mugroso de los trece ranchos. Era necesario un cuerpo policial concreto, vasto, que se encargara de perseguir a los carroñeros que iban quedando (y todavía eran muchos)”.

Un proyecto de civilización necesita gente de andar limpio, busca familias nobles de apellidos europeos, quiere apropiarse de la Razón para que *Ellos* devengan en la categoría de Otros; otredad que de humano, naturalmente, tenga sólo la sangre. Y ni eso, porque claro: no es la misma sangre que la nuestra, la de *Nosotros*.

Mitre, el mayor novelista de todos nosotros —por usar cualquier apellido y por adjudicarle un oficio cualquiera: recuerde, lector, que se trata de una ficción— se quedó a cargo de los ranchos y estaba contento porque su provincia era la mejor del país.

El país en cuestión era el estado de conciencia del subdesarrollo, algo que alguna vez quiso ser todo glamur y terminó no siendo; pero atención al interior: allí había zonas desde las que uno podía medir su statu quo y quedarse tranquilo porque había alguien que se veía peor.



Ahora solamente necesitaba un sanguinario o cien que lo hicieran por él y sabía que contaba con Irrazábal, que era el colmo de la nadedad, pero lo mismo se sentía al servicio de los buenos modales.

Lo andaban buscando porque era peligroso, hasta que dieron con su estancia.

Primero un puñal en el estómago, después fue la cabeza. Cortársela y ponerla en una pica, para pasearla por las plazas del pueblo (llamémosle Olta). También las orejas, amputarlas y usarlas como suvenir. Eso da miedo e infunde respeto y el respeto es muy necesario.

Del Chacho habían oído hablar más de una vez; lo conocían de memoria. El riojano y las moscas malcomidas que lo seguían bien podían asumir la manera de ser que irritaba al señorío de la capital. Y a esto, Domingo (por ponerle un nombre; pudimos haber reemplazado «Domingo» por Faustino o Sarmiento) lo sabía: *No es un sistema político lo que estos bárbaros amenazan destruir. Es todo orden social, es la propiedad tan penosamente adquirida, toda esperanza de elevar a estos pueblos al goce de aquellas simples instituciones que aseguran a más de la vida, el honor, la civilización y la dignidad del hombre.*

La dignidad del hombre.

Yo —decía, además— inspirado por el sentimiento de los hombres pacíficos y honrados, aquí he aplaudido la medida, precisamente por su forma.

Precisamente por su forma. Sigue:

—Sin cortarle la cabeza a aquel inveterado pícaro y ponerla a la expectación, las chusmas no se habrían aquietado en seis meses.

¿No le parece entonces, lector, que los hijos y las hijas de los Rousseau, los García, los Mitre y los Noble van a sentir menos confusión, a partir de ahora? Aunque se trate de un relato fantástico, este cuento exige profundidad, porque en adelante queda muy claro y justificado el discurso dicotómico que asume la Razón frente a la Barbarie.

El gremio de los vecinos autoconvocados puede, entonces, deshacerse del motochorro como sea, porque será en nombre del Bien.

Entonces, supongamos esta escena: mientras le patean la cabeza a un ñeri cualquiera –que ya está sobre el suelo–, los vecinos benévolos calcan la historia: la reproducen. Y no dejan de ser humanos. Alguien filma y disfruta, alguien festeja una venganza.

En los diarios locales se dirá: “Así llega la justicia, de las manos de aquellos vecinos que se animan a actuar y defender los derechos de los ciudadanos.”

Entonces, lector, imaginemos que el lugar de nuestra ficción es una serpiente mordiéndose la cola.

Pongámosle –por poner, nomás– un nombre al país en cuestión. Digámosle Argentina. E inventémosle una cita esclarecedora y sintética al máximo prócer de su historia, el grande entre los grandes:

“Sea, pero seamos lógicos: cortarle la cabeza cuando se le da alcance es otro rasgo argentino”.

MEMORIAS DEL SUPERBOICOT A LA RECONTRARREVOLUCIÓN ANTIDISTÓPICA

Sinopsis: En el año 2129 en Resistencia City Tropical se realiza el primer simposio secreto de templarios digitales a favor del derecho privado. El mundo vive una realidad auspiciosa de la cultura libre. Para frustrar el resultado del simposio, los clones de Lawrence Lessig y Richard Stallman complotan un secuestro a los clones de Bill Gates y Steve Jobs, quienes fueran sus principales oradores.

ELENCO HETERONORMICO

Bill Gates	Taxista
Steve Jobs	Ale
Lawrence Lessig	Lucas
Richard Stallman	Piti
Verónica	Filosobko
Niño Kioskero	



Estamos en el año 2129 y Latinoamérica vive una realidad auspiciosa para la cultura libre. La gente ha olvidado que copia porque de su cabeza ha desaparecido la idea de un original. De hecho, es una sociedad que en su mayoría está compuesta por clones de gente del pasado. Nadie tiene dueño, todos los amores son uno, cualquier auto es de todos, CocaCola se ha convertido en una cooperativa, transformándose en CoopCaCola Para Todos y Todas, y en sus gaseosas aparece la fórmula para que cualquiera pueda hacer CocaCola en su casa. En fin.

Preocupados por estas circunstancias, Bill Gates, Steve Jobs y otros personajes conocen el Chaco. En Resistencia City Tropical, en las catacumbas de la Universidad Tecnológica Nacional ubicada en French y Ayacucho, frente a la plaza Belgrano, se celebra el Secreto Simposio de Templarios Digitales del cual ambos son los principales oradores. En sus manos reside el futuro de la resistencia privatista.

En un par de horas comienza el simposio y, para matar el tiempo, Bill Gates y Steve Jobs están en La Biela bebiendo un whisky Jhonny Walker Social que se sirve libre y gratuito en todos los bares de Latinoamérica.

(Steve acaricia la botella y le dice a Bill)

Steve: Pensar que este wiski tenía un valor de 200 dólares hace algunos años.

Bill (*mirando fijamente al vaso*): No me lo digas. ¡Traje mis putos dólares al pedo! Encima me recuerdan las acciones que perdí con esa compañía cuando se liberó el wiski para toda Latinoamérica. ¡Maderfakers de la hostia! La que está re buena es la beibi que nos mandaron... ¡Está de la fackinísima mader Steve!

Steve (*tratando de disfrazar el acento*): ¡Shhh! No hables en inglés que parecemos turistas, y callate que ahí regresa del baño Verónica.

La muchacha se sienta, viste ropa super sexi del futuro.

Verónica: ¡¡Me extrañaron Chicos!! ¿Cómo los estoy atendiendo? Igual, todavía no entiendo para qué vienen ustedes acá, no hay nada anunciado. Mi jefe me dijo que vaya a recibirlos y nada más.

Bill: Por el simposio beibi, por el simposio... pero sharapeá

nomás, no hablés fuerte que es un encuentro secreto.

Steve (*mirando con displicencia al resto de la alcohólica clientela conformada por viudos, viudas y jefes de las familias más prestigiosas de la City Tropical*): ¿Y a vos te parece que alguien va a escuchar? Están todos en pedo y riéndose de cualquier gilada. ¿Para esto quieren la cultura libre? ¿Para sentarse a escabiar todo el día? ¿Y vos Vero, no tomás Jhonny Walker Social para todxs? Disculpá no me sale la x.

Vero: Noo... si tomo a esta hora me pongo medio así... ¿viste?

Bill (*repentinamente interesado en la conversación*): ¿Cómo decís?

Vero (*contoneándose en la silla*): Y... ustedes entienden... medio asíí. Me pedí un agua mineral Villavicencio Social para todos y todas. A mí tampoco me sale la x (*le guiña un ojo a Steve, que no la caza*).

Bill: ¿Y hay algo que te cobren en este bar?

Steve: Sí, el maní.

Bill: ¿Y cuánto sale?

Vero: Y lo que sale todo en todos los lugares. Un cospel, mis chiquilines.

Algo aturdido por la voluptuosidad del alcohol, Bill se levanta de la mesa y se propone ir al kiosco a comprarse cigarrillos. Cruza una calle y entra al local. La cantidad de mercadería era la usual, sin embargo, llamativamente, no existía un puto papelito con el precio. Detrás del mostrador, un niño de aspecto de 6 años con unas lentes oscuras y un auricular puesto.

Niño Kioskero: Buenas tardes. Dígame qué desea.

Bill: ¿Lo podés llamar a tu padre para que me atienda, nene?

Niño Kioskero: ¿Pero qué está diciendo señor? Yo atiende el kiosco.

Bill: ¡Dejá de joder, si no tenés ni medio metro!

Niño Kioskero: Usted no debe ser de acá, en Resistencia City Tropical a partir de los cuatro años los niños puede trabajar legamente luego de la liberación del trabajo infantil.

Bill: ¡Oh mader fuckerísima!, lo que sea. Dame un Lemans corto.



Niño Kioskero: No hay.

Bill: Entonces dame un Chesterfield mentolado 110.

Niño Kioskero: ¿Los comunes o los convertibles de cannabis?

Bill: ¡Comunes nomás, litel children!

Niño Kioskero: Tomá. Acá tenés.

Bill: ¿Cuánto es?

Niño Kioskero: Un cospel.

Bill: ¿Cómo que un cospel?

Niño Kioskero: Sí, un cospel.

Bill: ¡Oh no! No tengo un cospel. ¿Qué hacemos, litel children?, yo tengo dólares.

Niño Kioskero: Acá no sirven los dólares, pero le puedo dar un Marlboro que es libre y gratuito.

Bill: Dame nene, dame algo pa' fumar, ya por favor.

Al cabo de un rato Bill Gates y Steve Jobs, acompañados por Verónica, toman un taxi y se dirigen a la UTN donde está por comenzar el simposio. Ellos no lo saben, pero detrás del auto en el que viajan, otro auto con dos tipos adentro le sigue el camino con disimulo. Se trata nada menos que de Lawrence Lessig y Richard Stallman, los clones de aquellos paladines de la cultura libre que también están en Resistencia con la intención de boicotear, a cualquier costo o precio, bueno... de cualquier manera, el simposio secreto de Templarios Digitales.

Steve: Verónica, ¡qué linda está Resistencia City Tropical Nunca he venido, pero es muy famosa su intendenta por las aventuras tropicales, la ingeniera Stafusa. Dicen que hace ciento veinte años está al frente del municipio ¿Eso es cierto, no?

Vero: Es cierto, es muy famosa. Pero los municipios se abolieron hace mucho, y ahora ella lidera la Asamblea Popular Participativa hace 56 años, más o menos.

Bill (*luego de despertar de un breve sueño en donde paría al Niño Kioskero*): Che Vero. Me parece que el chofer te está mirando las piernas.

Vero (*con risita*): Y sí... para eso me puse mi atuendo supersexi del futuro...

Bill: ¿Y qué pasó con los indígenas? Ustedes tenían muchos por acá.

Vero: Los eliminaron.

Bill: ¿Por qué?

Vero: Por clonofóbicos, no querían dejar de ser originarios.

(Llegan a la universidad y Stallman le pregunta al chofer cuánto es)

Chofer: Un cospel señor.

Stallman: ¡Pero la concha de la lora, acá hay un cospel para todos!

Mientras tanto, en el auto de Stallman, apenas un Fiat Spazio liberado y gratuito, mantienen la siguiente conversación:

Stallman: ¡Fakermader Lessig, para esto hicimos la revolución! ¡Para esto liberamos todas las marcas! ¡Para que vengas a conseguirme esta basura!

Lessig: Calmate un poco... Yo quería venir en bici, vos elegiste venir en auto.

Stallman *(peleando con la palanca de cambio)*: ¿En bici...? Para colmo todavía para esta cosa usamos el cospel. En todo caso hubieses conseguido los Lamborghini de dos puertas, que ya son libres y gratuitos.

Lessig: ¡Ay!, no hables así. No seas tacaño, es solo un cospel. Más tarde pasamos por Cospel Ediciones y retiramos más cospeles. Me dijeron que hable con un tal Piti... y ponete los guantes, no vaya a ser que me toques...

Bill y Steve entran a la UTN y orientados por Verónica bajan hasta las catacumbas en donde se va a celebrar el Simposio. Una multitud de seguidores reaccionarios de la cultura privatista los recibe. Cuando Verónica pasa por enfrente, los de adelante le dicen groserías y uno de ellos la levanta de una mano en el culo, que la muchacha devuelve con una risita.

Stallman y Lessig espían sus movimientos y los siguen hasta sus camarines. Adentro se produce una gran confusión. Podemos ver a Stallman tirándose encima de Steve mientras Bill lo sujeta de la barba y, por otro lado, observamos cómo Lessig huye cobardemente sin que nadie lo advierta.



En otro lugar de Resistencia City Tropical, en Cospel Ediciones, Alejandro Schmid y Lucas Ameri se encuentran, como siempre, pergeñando el libro total. Actualmente están ubicados en las antiguas ruinas del Centro Cultural Alternativo. Por los escombros vaga un personaje conocido como Corcho Benítez, antiguo director del CeCuAl. El clon de Benítez está algo loco y, para calmarlo, el gobierno decidió reproducir virtualmente el viejo espacio cultural a su capricho. Están allí como si nada y en un momento determinado tienen una aparición sorprendente. Entra Lawrence Lessig al taller y les habla.

Lessig: Hola chicos, ¿busco al Ale y al Luqui, algo así, ustedes los conocen?

Ale: ¿Vos sos Lessig?

Lessig: Y sí... un clon. Los vengo a buscar porque está ocurriendo algo terrible y necesito que me ayuden.

Lucas: Seguro que te debemos unos libros...

Ale: ¡Callate!

Lessig: ¿Cómo?

Alejandro: Nada, no pasa nada... Contanos.

Lessig: Resulta que vinimos a ver qué onda con el simposio privatista y Stallman secuestró a los oradores principales, Bill Gates y Steve Jobs

Ale: ¿Tienen algo que ver con los antiguos?

Lessig: Sí, son los mismos. Los secuestró y los llevó para un baño. Está pasado de rosca y no sé qué puede llegar a hacer. Y si se saca los guantes se pudre todo.

Lucas: ¿Qué pasa con los guantes?

Lessig: No importa.

Lucas: ¿Y qué querés que hagamos nosotros?

Lessig: ¡Me tienen que ayudar a detenerlo!

Ale: ¿Eeh? Nosotros vamos, pero vos ¿qué nos das a cambios?

Lessig: Pero muchachos, ¿ustedes no son los de la cultura libre?

Lucas: Y bueno, pero una cosa es la libertad y otra cosa la gratuidad.

Ale: Con un cospel saldamos.

Lessig: ¡No tengo más Cospeles!

Lucas: Y bueno, andá para atrás y pedile al Piti.

Lessig: Ah síiii, me dijeron que venga a verlo al Piti por los cospeles. ¿Para dónde voy?

Lucas: Seguí el canto y ya te lo vas a encontrar.

El Piti canta una estrofa de Intoxicados y Lessig camina hacia él.

RE - LA - SOL - LA

RE - LA

Esta vez es enserio

SOL

no estoy mintiendo

LA

algo se prende fuego

RE - LA

sé que mucha veces dije

SOL

que el Piti venía pero esta vez

LA

el Piti está acá...

Cuando Lessig llega con los chicos de Cospel al baño de la UTN donde Bill Gates y Steve Jobs estaban maniatados, encuentran solas a las víctimas. Apparently Stallman estaba ausente en el lugar. Ambos tenían la cabeza cubierta con dos capuchas amarillas. Se le acercan los tres y Alejandro descubre a uno de ellos. Era Steve.

Steve: ¡Hola Alejandro! ¿Has venido a rescatarnos?

Ale: ¿¡Cómo decís eso, imbécil!?

Steve: Ese loco dice que va a cortarnos la cabeza. O lo que es peor, convertirnos a todos en él.

Ale: ¿Cómo? ¿Dónde está Stallman?

Steve: Dijo que salía a almorzar y volvía.

Ale: Es un gordo... igual que todos sus antecesores...



Bill: ¿Quién mierda está ahí?

Alejandro le descubre la capucha.

Bill: ¡Ah! Sos vos, Alejandro. ¿¡Vinieron a salvarnos!?

¡Desatame estas putas correas y sos mai girou!

Ale: ¿Quedaste sordo además vos, clon de villa? ¡No señores, no vinimos a rescatarlos!

Lessig: Pero... ¿Cómo que no vinimos a rescatarlos?

Lucas y Alejandro se miran entre ellos.

Lucas: Ale... Me parece que vamos a tener que atar a este tipo también.

Unos minutos de violencia después los tres terminan maniatados y con capuchas amarillas. Stallman vuelve con Verónica del almuerzo, completamente borracho, a la universidad. Ingresa al auditorio y hace algo extraordinario: con un solo toque de su mano convierte a todos los presentes en él y luego se dirige al baño donde estaban los secuestrados, seguido de toda la multitud que había cambiado.

La Multitud (*al verlos, los que estaban en el baño gritaron al mismo tiempo*): Pero, ¿qué pasa? ¡Todos son Stallmann!

Lessig: ¡Qué hiciste! Son un boludo Stallman, ¡Te sacaste los guantes y con tu MANO COPIADORA DE SUJETOS convertiste a todos en vos!

Stallman se agarra los huevos y profiere un insulto incomprensible. La Multitud convertida en él, toda junta grita:

La Multitud: ¡Exigimos una explicación!

Ale: ¡Yo se los voy a explicar señores! ¡Pero vamos a llevar esto hasta el final! (*se pone detrás de los tres encapuchados y grita*): ¡Aquí van a rodar cabezas! ¡Y ustedes no lo van a impedir! ¡Menos, todos convertidos en Stallman!

Saca las capuchas, mira a la multitud y con suspenso, lentamente, descubre una de las sierras herrumbradas que usan en la editorial para cortar los libros y la posa sobre el pescuezo de Bill Gates.

En ese momento, cuando todo parecía irse definitivamente a la puta, ¡Deux ex machine!, aparece de la nada Filosobko, un viejo amigo de la cultura libre. Todos se sorprenden al verlo. Mitad porque era un

personaje muy querido en Resistencia City Tropical, y porque traía en sus manos dos packs de cervezas Corona Liberada, visiblemente heladas. Inmediatamente todos empezaron a pedirle que les convida. Una vez que todos mojaron el pico, los miró y con ojos enigmáticos y arcanos, dijo:

Filosobko: ¡Escuchen! ¡No se peleen! El Piti ya llega con más cerveza para todos y todas, así que lo que sea que se esté discutiendo aquí, lo vamos a terminar hablando todos borrachos.

La Multitud: ¡Sí! Pero... ¡A nosotros nos convirtieron a todos en Stallman!

Filosobko: ¡Bueno, bueno! Tampoco es para tanto... Después de todo, ninguno de vosotros es original, salvo yo, jo jo.

Es cierto, Filosobko era el único original entre todos aquellos clones. No se sabía con qué edad contaba en la actualidad. Pero en definitiva podemos decir que gracias a su espíritu conciliador, los ánimos se calmaron. Verónica, ebria de alegría por los dos sorbos que había tomado, empieza sacarse la ropa hasta que queda completamente desnuda. Todos aplauden y hacen lo mismo.

Vero: ¡Dale chicos, saquémonos toda la ropa y vayamos a las hamacas de la plaza Belgrano!

Filosobko: Chicos ¿Por qué en vez de pelearnos no cantamos todos juntos una canción? ¡Síganme!

*Copiar no es robar
robar es sacarle a los demás
copiar es sólo hacer uno más
de eso se trata copiar*

*Copiar no es robar
si compartís lo tuyo conmigo habrá
uno para vos y otro para mí
copiar es dar igualdad*



*Si te robo un pariente a vos
uno tendrás que adoptar
pero si lo copio
cada uno, uno tendrá*

*Copiar no es robar
robar es sacarle a los demás
copiar es solo hacer uno más
de eso se trata copiar*

*Si te robo la SALUD a vos
otra tendrás que robar
pero si la copio
cada uno una salud tendrá*

*Copiar no es robar
robar es sacarle a los demás
copiar es sólo hacer uno más
de eso se trata copiar*

*Si te robo la VIDA a vos
otra tendrás que usar
pero si la clono
cada uno una vida tendrá*

*Copiar algo es lograr
hacer que haya igualdad
compartir con los demás
nos da la libertad.*

FIN

#04

LA MUCHACHADA NEO THULE SE DIVIERTE

El *Gran Comendador* dibujó en el aire con sus brazos símbolos rúnicos y dos Neo Thule se adelantaron y levantándose las túnicas mearon profusamente a Cecilia –dirigiendo el chorro especialmente hacia la cara–, que seguía tirada en el piso, en posición fetal, llorando y tratando de taparse la nariz y la boca.

Sin solución de continuidad un grupo de seis miembros de la logia se abrieron paso desde atrás y comenzaron a darle puntapiés; a cada patada se seguía un *ay ay ay*. Al cabo de unos minutos, los dos que habían orinado sobre ella le arrancaron la ropa, lastimándola como parte del proceso de dejarla completamente expuesta, completamente desnuda, meada y pateada en el piso.

Cecilia lloraba. *El Gran Comendador del Tabernáculo* dio la orden de que se detuvieran y, arrodillándose, le metió en la boca un cóctel de marihuana, cocaína y Rivotril. De un bolsillo interior de su túnica extrajo una pequeña cámara filmadora y grabó un close up del rostro de la chica relajándose, yéndose, esfumándose, sin perder del todo la conciencia.

Cecilia estaba en su mambo, no daba más. Reinaba una tensa calma en el *Salón de las Desapariciones*. Un Neo Thule se acercó y me ofreció droga en polvo. No sé qué era, pero no me negué: mi funda con neuroestimuladores me permitía meterme casi



cualquier cosa sin ningún tipo de problema: el alma es eterna, la funda indestructible. Nos drogamos juntos. Él me sonreía. Empezó a acariciarme la entrepierna, siempre sonriendo. Yo no podía moverme. Estaba perdido adentro de mi funda.

El *Gran Comendador* gritó una orden en lenguaje incomprensible y el Neo Thule con el que me estaba drogando giró sobre sus pasos y fue a correr una cortina de raso rojo intenso, dejando a la vista un altar repleto de santitos de yeso de tiempos pretéritos. Una antigua radio a transistores, una vieja televisión de tubo, dos colchones finitos, uno encima de otro. Una cama marinera vacía. El piso era de cemento y ahí vi fasos, merca, bebidas alcohólicas y colillas. Entre tres levantaron del piso a Cecilia, que parecía una inmensa gelatina antropomórfica y la tiraron sobre los dos colchones apilados.

Le metieron un pucho encendido entre los labios y ella instintivamente comenzó a pitarlo. Un pibe, de no más de 14 años que no llevaba el uniforme de los Neo Thule y que parecía estar iniciándose en el rito, se sentó al lado de ella y comenzó a comerle la boca apasionadamente, metiéndole mano como si en ello se le fuera la vida.

Entonces el *Gran Comendador del Tabernáculo*, Juan Manuel, ordenó arrastrar a Cecilia de nuevo hasta el centro del salón donde apenas se mantuvo en pie, bamboleándose en delicado equilibrio mientras los Neo Thule y el pibe bailaban enajenados a su alrededor, orinándose y defecándose, agitando los brazos y embarrándose con su propia suciedad con golpes aparentemente casuales.

Manoseaban a Cecilia, que había empezado a llorar de nuevo. Entonces entre el pib, el Neo Thule con la *totenkopf* bordada en su túnica y un par más indistinguibles entre sí, la cagaron a trompadas y patadas y la violaron reiteradas veces, respetando prolijos turnos.

La ceremonia duró dos horas. Alrededor de diecisiete Neo Thule, incluido el *Gran Comendador del Tabernáculo*, que se reservó para sí el ano, orificio que penetró previo depositar en el carnosos asterisco un montoncito de merca que aspiró con un inmenso

consolador hueco (una gran paja de silicona), con la figura del Sumo Pontífice tallada en uno de sus extremos (que emulaba el glande).

A las 10 de la noche terminaron de violarla. Cecilia respiraba lentamente, estaba viva.

Entonces ingresaron dos personas con el uniforme de limpieza exigido por las autoridades del Régimen Zoocrático Tropical a todos los ordenanza del Gobierno Provincial, y acomodaron a la chica, inconsciente pero aún con vida, en posición fetal y la ataron de pies y manos con bolsas de nylon y le colocaron una bolsa en la cabeza.

Todavía respiraba cuando la pusieron en una bolsa de consorcio negra, con piedras, pedazos de baldosas y otros objetos que no pude ver bien. Le hicieron un nudo y a los quince minutos el *Gran Comendador* en persona levantó la bolsa, abrazándola. Y se retiró por la puerta trasera.

A duras penas, todavía pasado pero sintiendo mucha satisfacción, me incorporé y salí a la calle.

Eran las 11 de la noche y un sol abrasador se abatía sobre Resistencia. Me dirigí en el estado en que me encontraba al Ministerio de los Dignos. Una larguísima cola de aspirantes a suicidas traspiraba sobre la vereda de la Avenida Gran Mono esperando el visado para volarse la cabeza.

Ocupé mi lugar en la cola. Necesitaba una funda nueva. Desde allí pude ver cómo una cuadrilla de carniceros municipales vestidos de blanco baldeaban y trapeaban la sangre, las vísceras y los pedazos de cráneo y cerebro que ensuciaban los pisos y las paredes del Matadero Provincial para los Dignos, esterilizando todo y desechando los restos de los cuerpos, que un carrero cargaba con ayuda de un asistente iletrado para luego ser arrojados al Río Negro.

LA CHICA DEL SAQUITO VERDE

La sangre baja lenta desde la ceja izquierda, entorpecida por los primeros rastros de coagulación. La gota gorda se desliza por los pechos, surca el vientre y alimenta el charquito rojo oscuro, de aspecto pegajoso, que se acumula en el piso.

En un estado intermedio entre la lucidez y la inconciencia, Marisa pega un grito desgarrador que rebota contra la pared vidriada del quinto piso. Un alarido forjado en lo profundo de la desesperación del dolor físico extremo.

El alarido tiene como respuesta una sonrisa, dos sonrisas, veinte sonrisas. Sonrisas de dientes blancos y perfectos tratados por los mejores odontólogos de Resistencia. Sonrisas que brillan y bailotean, se desdoblan, tiemblan en su mirada producto del mareo.

Marisa agarra el borde de su saquito verde y lo estira, lo plancha con las manos frente al espejo. Le queda un poco estrecho y eso la pone incómoda. Pero se lo tiene que poner porque la mamá se lo tejió especialmente para la ocasión. Lleva también una de las polleras que usa los sábados para ir a bailar, la menos brillante, que combinada con el saco queda bastante elegante. Se mira en el espejo y se desconoce, piensa que parece una de esas que trabajan en el banco. Decide ponerse alguno de sus aros y collares para cortar con tanta seriedad.



La primera ronda es de ablandamiento, para mancillar la carne, bajar la resistencia y de paso calentar los músculos. Se van turnando, en un acuerdo implícito, como de costumbre. Cada uno aplica uno o dos golpes y deja el turno al siguiente. Uno o dos solamente, cortos y secos, contundentes. Los puños caen en su vientre, en su cara, en sus pechos. Van desfilando todos, en orden, de acuerdo al procedimiento, sin exaltarse.

El colectivo la deja a unas pocas cuadras. Es una mañana de invierno a fines de junio pero está bastante calurosa. Como no quiere quitarse el saquito, camina despacio para no llegar con la frente transpirada, cruza en diagonal la plaza central y rodea la estatua de El Bananero. Hace ya muchos años que la escultura obsequio de la MeganFox Corporation S.A. ha reemplazado al vetusto monumento a San Martín. La compañía de capitales globales lo ha instalado como un homenaje a su trabajo desarrollado en tierras sudamericanas. Gracias a que también detentan el poder político, a la empresa no le ha resultado difícil implementar cambios en la ciudad. Ganando votos con métodos semejantes a las ofertas y promociones de los supermercados, han logrado el manejo de más de la mitad del Consejo resistenciano y la Cámara de Diputados.

Por favor, por favor, basta, basta ya... Mamá, quiero irme a mi casa... Quiero estar en casa... En la esquina tomo el 109 y llego enseguida... Quiero estar en casa, basta ya... Voy a mirar el capítulo de The New Simpsons que no miré ayer... Me quiero ir... Ojalá haya algo para comer... Por favor mamá debe estar preocupada... Por favor casa... Basta... Quiero ir... La lengua hinchada por la mordida no deja pasar las palabras, cuelga apenas por los huecos que dejan los dientes caídos.

La bandeja de plata pasa de mano en mano. Los reflejos impactan en la gran vidriera y parecen sumarse a las estrellas lejanas. Los ojos de Marisa siguen los destellos, en su atontamiento si alguien le hubiera visto la mirada hubiera pensado que estaba deslumbrada. La bandeja circula y circula, una línea, dos líneas, tres líneas.

—Do you speak English? —pregunta el director de Recursos Humanos.

—Yes, of course. I attended classes at the local US Consulate for seven years.

— Perfect, that's very good since English is the first language within our company.

Las herramientas aparecen en la segunda ronda. La carne cede fácil ante el filo de los cuchillos, navajas y cuchillas. Los primeros cortes son los más dolorosos. Cuando se van acumulando, tajo sobre tajo, el cuerpo empieza a adormecerse, tal vez por la cantidad de sangre perdida. Con el efecto sorpresa desaparecido y el cuerpo abierto en más de cien surcos, hasta la sangre que brota parece enfriarse.

Marisa cruza la plaza en diagonal y ante ella se planta el descomunal edificio de la MeganFox Corporation S.A. Con un estilo arquitectónico moderno, cinco pisos vidriados y refulgentes bajo el sol chaqueño, ocupa más de un cuarto de la manzana. Sus vidrieras se opacan ante el azote de la luz, y por la noche se vuelven transparentes convirtiéndose en un faro de fluorescentes en pleno centro resistenciano.

Soy un perdedor I'm a loser baby, so why don't you kill me? “¿Esa vieja canción suena en mi cabeza o suena realmente?”, alcanza a pensar en medio de su desvarío.

Entra en el hall de la compañía y sin darse cuenta aprieta con fuerza la carpeta amarilla en la que lleva su currículum. Más de cincuenta postulantes aguardan su turno, algunos instalados en los sillones y otros en grupitos de pie. Se acerca a la recepción y se presenta. Una rubia despampanante habla a los gritos en inglés por el celular mientras camina de un lado a otro del salón. No va a ser fácil conseguir el trabajo.

“La MeganFox Corporation S.A. tiene como objetivo supremo ser reconocida internacionalmente por su competitividad, servicio al cliente y calidad de sus productos. Su finalidad empresarial es satisfacer las necesidades de los consumidores con objetos de la mayor aptitud. La compañía trabaja en toda la cadena de elaboración y distribución, rigiéndose de acuerdo a estándares de calidad internacionales.



Las fortalezas de la MeganFox Corporation S.A. son el fuerte reconocimiento de marca alcanzado, un sistema multicanal de distribución directa como ventaja competitiva clave, una diversidad de productos fabricados y comercializados y una amplia cobertura geográfica que le permite marcar presencia en los más recónditos puntos del planeta. La empresa estudia de manera permanente las mejoras que puede introducir a sus productos y circuitos administrativos y de distribución, con el fin de hacer más eficiente su operatoria”.

—¡Dejá de gritar! Deberías sentirte honrada, querida.

—Por favor, Sr. Ruffino. Por favor, déjeme ir.

—No seas ingrata, nena. Fuiste elegida entre más de cincuenta candidatas para ser ofrendada al gran Cthulhu. Todos los años, en esta distinguida fecha, le entregamos la carne de una jovencita. Si sobrevivís hasta la salida del sol, serás libre de irte. Pero no quiero darte falsas ilusiones, querida, en todos estos años ninguna lo ha conseguido.

Marisa tiene veinte años, es alta y flaca. Posee una tez levemente bronceada, ojos marrón claro y una larga cabellera castaña a la que cuida con esmero para que no se le reseque y le agarre frizz. En su niñez, su familia pertenecía a una clase media acomodada, con padre comerciante, madre ama de casa muy presente, perro de raza y casa en Paso de la Patria. Pero la muerte prematura del patriarca bajó a la familia de categoría. La escasez de ingresos y las cuentas por pagar sellaron la debacle económica, y ambas mujeres debieron acostumbrarse a otro estilo de vida. Marisa se abrió paso a través de la educación, estudiando mucho y en los mejores lugares, a los que pudo acceder gracias a los antiguos contactos familiares. Maniatada y colgada por las muñecas en el quinto piso de la MeganFox Corporation S.A., se pregunta cómo llegó hasta ahí.

La tercera ronda es la de amputaciones. Ruffino es el encargado de tomar el primer pedazo. De los veinte hombres presentes en la sala, Marisa sólo lo reconoce a él y al director de Recursos Humanos. Sin sus trajes caros y vestidos así, con equipos deportivos, parecen menos imponentes. Uno a uno se aproximan y uno a uno cortan un trozo.

—¿Cómo se imagina a sí misma dentro de cinco años?

—Estoy estudiando la Licenciatura en Administración de Empresas y no me faltan muchas materias para recibirme. Así que deseo trabajar aquí e ir ganando experiencia mientras termino mi carrera. Y una vez recibida, quisiera aplicar mi título trabajando para la compañía.

—Excelente, Marisa. Como director de Recursos Humanos probablemente no debería decirle esto, pero la entrevista fue muy buena. A los candidatos que detectamos con mayores posibilidades de ocupar el puesto de Secretario Ejecutivo, los hacemos tener a continuación una charla con el gerente para cumplir con una segunda instancia. Si me quiere acompañar por aquí. Permiso, Sr. Ruffino.

El negro de la noche se torna un azul oscuro que lentamente va transformándose en celeste. Marisa tiene menos aspecto humano que una media res colgada de un gancho en una carnicería. Pero debajo de ese despojo de carne, el corazón empecinado late. Late.

Imágenes *la taza donde todos los días tomaba el desayuno* fugaces *Pablo, su barba de días* corrían *esa playita de Paso* se formaban *mamá con su batón floreado* y rápido *una cerveza más con Pili* desaparecían.

Marisa retoca su maquillaje para disimular las últimas cicatrices que le quedan en el rostro. Termina su té y con un gesto compulsivo acomoda el cartelito que está sobre su escritorio para que su alineación coincida paralelamente con el borde del mueble. En la chapita dorada se lee escrito en letras negras “Gerente”. Aprieta el intercomunicador:

— Que pase el siguiente.

LA EPICÚREA CAPRICHOSA

Aunque ustedes no puedan creerlo, Petra gastaba mil pesos en una semana sin resquemores, se acostaba con tres chicos a la vez, todos muy lindos, cocainómanos como ella; pasaban las noches más divinas que uno pueda imaginarse. Todos los partícipes de esos jolgorios respondían a una misma tipología: llevaban vidas desastrosas, trabajadores que durante las jornadas laborales pensaban sólo en sus adicciones, sexópatas, gente obstinada que, aun sabiendo que había caído en el inevitable final de la noche, seguía maltratando su cuerpo, extirpando la culpa, pasando muchas noches avasallándose con un amor inconmensurable, ese tipo determinado de amor promiscuo y el capricho latente de querer que todas las noches sean así. Claramente, todos ellos sabían que se trataba de un placer que vivía en el brío artificial de la noche. Pero también sabían que no se hundirían del todo, remediaban su temperamento yonqui con un poco de amor, con un abrazo saludable en la costa de un río, compartiendo alguna actividad física y luego duchándose colectivamente, a veces con un simple tereré bajo la sombra de un árbol. La cosa es que Petra era una linda nena a la que nunca le faltaba un abrazo cerca, caprichosa y contenida, siempre se la rebuscaba para conseguir lo que deseaba.



Un lunes por la tarde, se encontraba almorzando en una fonda. Al salir se sintió algo nerviosa, lo que se acrecentó cuando llegó a la casa de su abuela. Por primera vez en la vida se daba cuenta que no controlaba su cuerpo. Sus manos comenzaron a sudar, se la notaba ofuscada y un sentimiento oscuro presionaba su cabeza. Le temblaban las costillas y las piernas. Fue entonces que decidió recostarse en un sofá e intentar conciliar el sueño. Un lugar perfecto para que las repetidas reflexiones de esos días adquirieran un momento de maduración:

“Ver a una flor marchitarse y luego revitalizarse es algo hermoso. Así me sentí cuando logré que mi voluntad se parara en el límite entre el exceso supremo/extremo, la cachivachería baratija, el berretín absolutamente *trash*; y el otro lado, el placer entendido como control y conocimiento de uno mismo, como verdadero goce, el sueño de asir algo, de beberlo. El hecho de ver un horizonte donde un sol mágico vaporiza tus encantos matinales y el movimiento natural del cuerpo antioxidando todo lo tóxico del organismo infectado, es lo único digno de vivirse como cura.

De todas maneras, querida alma, ninguna persona jamás podrá describir en palabras lo que el organismo experimenta cuando intencionalmente quiebra el hermoso estado de salud natural y la fortaleza inocente que trae consigo al nacer mediante el goce de determinados placeres. Si no, intentá recordar el primer sorbo de mate de tu vida, la primera vez que comiste un bocado de dulce de leche, la primera vez que sentiste el contacto sexual; no lo podrás sostener. Las descripciones son buenas para tener un panorama en palabras, para obtener nominaciones de los diferentes estados que se viven. Pero nadie puede nominar lo que se obtiene con los placeres, no se puede abarcar con conceptos la efervescente y funesta conexión entre sinapsis, la hiperproducción de adrenalina... Lamentablemente, hay que dejarse llevar como con la curiosidad de quien va a abrir un libro por primera vez, o de quien se sienta en una butaca de cine con total atención, de quien se mete al mar por primera vez; y así sentirás cosas parecidas a las que se vive cuando una música se oye con las venas”.

Con esta soberbia, terminó su soliloquio y se despertó toda pegoteada contra el sillón. Durmió diez minutos pero obtuvo un descanso sobreabundante. Atontada todavía por el calor de la siesta saenzpeñense, besó atolondradamente a su abuela y le dijo que admiraba su inmenso contacto con Dios, algo que ella se moriría sin conocer.

De joven, Petra cultivó muchísimo el atletismo. Su especialidad era la de los cuatrocientos metros con vallas en polvo de ladrillo. Siempre mencionaba la exigencia de esa modalidad, pues se requería fuerza, explosión, pero también resistencia –muchos de los que la conocían quedaban anonadados por el hecho de verla maltratando su cuerpecillo en las noches y a la semana siguiente observarla levantar una medalla de ganadora en alguna competencia: una verdadera paradoja–. Su afición había empezado a los quince y entrenaba en el rípido sol de la siesta, con cuarenta y cinco grados a la sombra. Era una de las mejores de su generación. De hecho, salió campeona en una competición que, en ese entonces, era organizada por las potencias políticas del Mercosur; en esas fechas ella recorría los veinte años de edad. Justamente después de aquel campeonato, su vida iba adquiriendo cada vez más el color gris del crepúsculo. Su vida entera empezaba a ser peligrosa: la peligrosa sensación de sentir mucho control y *salud* en determinados momentos y en otros la mismísima *enfermedad*.

A Petra le fascinaba ensayar escritos sobre temas propios de la sociolingüística; en algún momento llegó a disputar una cátedra en la universidad, pero la academia terminó apartándola mediante maniobras burocráticas. Ella realmente gozaba escribiendo ensayos, mostrando parte de su modo de vivir con las variantes de los lenguajes en cada viaje que realizaba en vacaciones y eso era un placer que se distanciaba de otros, recalcabá que le encantaba darle lugar a cada tipo de placer en su vida.

Cierta vez, su amigo de toda la vida, un muchacho lúgubre y taciturno llamado Simón, le preguntó: “Petra, ¿cuánto más creés que puede aguantar un corazón como el tuyo? Modafinilo y escritura,



alcohol y promiscuidad, aspirinas y atletismo... Seguramente no te das cuenta porque sos joven, pero todo esto te va a cobrar la vida, vas morir de un paro". Y ella le respondió osadamente: "¿Y vos qué preferís, vivir con fobia al infarto del miocardio, o ser feliz con innumerables placeres terrenales? Yo elijo mi felicidad. Personalmente, encuentro aquí y ahora el sentido de mi vida en ellos, el placer de leer, de mover los músculos, de cambiar mis humores con sustancias, de coger, de amar los cuerpos o de sentir cuando un ser humano te observa ardientemente y te espera desde su deseo más puro y primaveral, esas pasiones son las que me otorgan felicidad. ¡A mí nadie me vendrá a decir cómo debo conducirme en la vida!".

Simón se sintió bastante mal luego de aquel intercambio de palabras, porque sentía que de alguna manera le habló como sermoneándola. Quizá le molestara que su amiga se mostrara siempre tan segura de dictarse sus propias leyes, además de notar cómo eso significaba cierta crueldad para con sus pares.

En una fecha cercana al nacimiento de Jesús, Petra tuvo la necesidad de viajar a al pueblo de La Escondida para visitar a su hermana que estaba atravesando sus últimos días, debido a un cáncer de huesos que la estaba aniquilando. Le pidió el auto a su novio y salió a la ruta 16 a eso de las diecisiete (sabía que el viaje no duraría más de una hora). Se dirigía por el carril de la derecha, escuchando *The Beatles*, se sentía cómoda y bastante despreocupada, con la asunción de que la muerte —específicamente el cáncer— es algo insoslayable y que intentaría transmitirle a su hermana la misma idea. Pero la tranquilidad se interrumpió cuando notó que un colectivo de larga distancia procuraba adelantársele a un auto. Cada vez veía más cerca al colectivo, desesperadamente hacía señas de luces y tocaba bocina. Lo más impresionante era la velocidad de los pensamientos de Petra interrogándose sobre si se tiraba o no a la banquina. El choque frontal fue apocalíptico...

Cuando Petra estuvo en el sanatorio y Simón veía su agonía, se produjo una paralela elucubración en ambos sobre lo efímero de las vidas individuales, sintiendo cada uno al unísono los años

de Petra esfumarse en una intensidad vital de recuerdos, imágenes, velos y sensaciones.

Fue después de la muerte de su mejor amiga que Simón comenzó a entender en qué residía la enorme distancia existente entre él y Petra: ella había sufrido los más tremendos trastornos, los límites con la locura, aunque no por eso dejó de tener hijos, trabajo, placeres, salud y muchos amores; en cambio, él trabajaba y se sacrificaba para gozar de un tipo de salud que se suponía le otorgaría felicidad, aunque en el fondo lo que pasaba era que vivía en una constante represión y anulación de sus pasiones. El único resultado concreto que encontraba su sacrificio era poder llegar a fin de mes sin deudas y con la casa limpia, pero en soledad y angustiado. Se daba cuenta que se aferró a un manual que le decía cómo ser para escapar a la complejidad de su voluntad. Muchas personas suelen buscar, inocentemente, un clima natural, fluido y armónico en el que puedan convivir con los otros humanos y también con los animales, las plantas y las cosas; pero se topan con la evidencia de una hostilidad que nunca terminan de asumir.

HASTA EL PUENTE

Olga me llama al celular y me dice que Nicanor, su papá, está en el puente Chaco-Corrientes y que amenaza con saltar. Me dice también que la policía y los bomberos ya llegaron y que están hablando con él. Ella está en medio de una clase, no puede salir y quiere que vaya yo.

—Para que Nicanor no se sienta tan solo.

No me gusta que mi mujer llame a su papá por el nombre, me suena desaprensiva. Tampoco me gusta cómo define sus prioridades, que minimice las crisis de su padre.

—Vos tenés el auto —le digo, pero no alcanza a escucharme o bien le importa poco, porque corta y me deja con el semejante encargo.

Tengo dos opciones: remis o colectivo. Hago un cálculo rápido —a cuánto tengo la parada de remises, a cuánto la del cole— y defino más conveniente tomar el cole. Es también más económico.

Mientras camino apurado hacia la parada, pienso en mi suegro: es un buen hombre. Tiene sus problemas, como cualquiera, pero se toma todo muy a pecho.

En la parada, un hombre me dice que lleva veinte minutos esperando.



—Una vergüenza... —agrega, y como me doy cuenta que quiere seguir hablando me largo a correr hasta la parada anterior, que está a unas dos cuadras. Voy a mitad de camino cuando veo aparecer al colectivo. Me tomo medio segundo para pensar y decido correr de regreso a la otra parada. Pongo toda mi energía en la corrida. El cole se me pone a la par cuando apenas me falta media cuadra. Miro de refilón y veo que va repleto. El hombre en la parada me hace señas con la mano: que me apure. El colectivo frena y el hombre tarda en subirse. Lo hace por mí, entiendo, es un buen gesto de su parte.

Le doy las gracias a duras penas, todavía sobre el primer escalón del colectivo. El hombre se pierde entre la maraña de pasajeros.

Me arrimo al colectivero y pregunto cuánto es el pasaje.

—No señor —me dice—, es con tarjeta.

Como no entiendo, vuelvo a ofrecer plata, pero uno de los pasajeros me explica que el sistema cambió, que ahora tengo que comprar una tarjeta y que esa tarjeta incluye una determinada cantidad de viajes. El chofer frena y me pregunta si tengo o no tengo tarjeta. Que no, le digo, pero le aclaro que puedo pagar el viaje.

—Sin tarjeta no viaja —abre la puerta y me señala la vereda—. La compra en cualquier kiosco, los choferes ya no podemos recibir plata.

Estoy a punto de bajar, de hacer caso, pero entonces pienso en mi suegro.

—Nicanor se va suicidar —digo.

El chofer, y unos cuantos pasajeros, ahora me miran de otro modo. Aprovecho el golpe de efecto para acomodarme bien adentro del cole, que al chofer se le complique hacerme bajar.

—Nicanor, mi suegro... está en el puente para suicidarse.

Pero el chofer insiste:

—Sin tarjeta no te puedo llevar, amigo, se mate quien se mate.

—Es una urgencia... —lo digo apuntando a los pasajeros, que alguno se ponga de mi lado.

—Todos los días me viene alguien con urgencias —dice el chofer—: bájese. Y no me importa que lllore.

No es a propósito que esté llorando, es que me abruma la situación.

—Baje y no mienta más, llevo gente apurada —el chofer acelera en punto muerto y hace que el motor brame. Una voz llega desde el fondo del colectivo:

—No miente, en la radio dicen de un tipo que se quiere tirar del puente —el que habla es el hombre de la parada, el que me aguantó el cole. Tiene puestos auriculares y los señala como si fueran una evidencia.

—Igual, sin tarjeta no viaja —sigue el chofer.

—No hay problema: yo le presto la mía.

El hombre pasa entre el montón de pasajeros hasta llegar a una maquinita junto al colectivero. Saca de su bolsillo una tarjeta blanca —como una tarjeta de crédito sin inscripciones— y la pasa fugazmente por encima de la maquinita. Un papel, entiendo que el boleto, surge de la maquinita y el hombre me lo pasa.

—Acomódese —me invita—, viaje tranquilo.

Al chofer el asunto no le gusta, pero no le queda más remedio y mueve, por fin, el colectivo.

Viajo parado, prendido de una barra entre dos hombres de tamaño importante. No corre mucho aire adentro del cole y empiezo a sentirme descompuesto. Pero no quiero decir nada, siento que ya molesté demasiado.

—Un tío mío también saltó del puente —comenta, a mis espaldas, el hombre que me ayudó en la parada y con la tarjeta.

Me habla a mí, pero habla tan alto que cualquiera puede oírlo. Giro la cabeza y, como puedo, le respondo con una sonrisa. Él también sonríe, como dando a entender que sabe por lo que estoy pasando.

—Tuvo mala suerte mi tío... —se mueve, el hombre, como una lombriz entre los pasajeros, hasta quedar pegado a mí—: por culpa del viento cayó sobre una defensa del puente y no en el agua.



Su relato llama la atención del pasaje, que ahora está en buena cantidad pendiente de su historia. Alguno hasta se atreve a opinar:

—El dolor igual es el mismo, caigas en el agua o en un hierro.

—Pero debe ser más impresionante ver el cuerpo ahí, en la defensa —dice otro.

El hombre lo confirma:

—Y sí... —dice—, para colmo que mi tío no murió de inmediato. Cayó sobre un borde de la defensa y se quiso arrastrar hasta el agua. Pero de tan desorientado apuntó al otro borde. Fue dejando una mancha de sangre y al final no llegó: se murió antes.

El celular vibra en mi bolsillo. Me muevo con dificultad hasta que consigo agarrarlo. Mensaje de Olga: ASUNTO OK. NIKANORENRCIA. LOTRAEN LOS BOMBEROS. GRACIAS IGUAL.

Me alivio por mi suegro, pero me preocupan el chofer, el hombre este que no se calla y el resto de los pasajeros. Qué voy a decirles cuando llegemos al puente.

PALMERITAS EN EL SAN JOSÉ

Juan Manuel me llamó a las 8 y me pidió que a eso de las 16 cruzara caminando la plaza 25 de Mayo y chequeara que Mauricio estuviera flotando en alguna de las fuentes. No fue muy específico; no necesitaba serlo conmigo. Confirmé el compromiso y aproveché para pedirle diez gramos de buena blanca para regalar. No sé por qué, pero le aclaré enfáticamente que la papa no era para mí, era para regalar. Se rió de buena gana, soltando esas carcajadas esperpénticas tan suyas, tan inquietantes siempre, y me dijo que claro, que no había problemas por tan poca cosa. Por último, antes de cortar, me pidió que le consiguiera una negrita en buenas condiciones físicas y, por supuesto, *desaparecible* sin mayores inconvenientes. *La necesito para las 20 en la sede, ¿puede ser?* Por supuesto que sí. La pregunta era casi retórica.

Yo siempre tenía una de esas a mano. No estaba al tanto de ningún evento programado en el corto plazo, pero los Neo Thules eran una colectividad proactiva y los lacayos satelitales como yo no siempre estábamos al tanto de sus actividades.

Yo era un privilegiado: muy pocos tenían acceso al *Gran Comendador del Tabernáculo*: Juan Manuel, un tipo que había muerto varias veces y había perdido su apellido –ganando un nombre– sin embargo aquí seguía, un sobreviviente de los tiempos originarios. De esto, por supuesto, jamás se hablaba por teléfono.



A Juan Manuel lo conocí mucho antes de erigirse en *Gran Comendador*. Lo conocí cuando yo prestaba servicios como asesor legal de la diputada ultramontana Celia Ávila, durante la investigación sumaria seguida en su contra por el delito de *alta traición a Gran Mono*. Debió ser en el año 2365. Un año antes me había graduado como abogado, por correspondencia, y como fue siempre, y aun hoy en el 2375, el título profesional era apenas una patente de corso. Poco y nada tenía que ver con el Derecho.

La idea del *Derecho* era historia antigua; creo que los primeros cursos que me enviaron en el marco de mi plan educativo virtual referían a esto. El equivalente a lo que los antiguos pobladores del Gran Humedal llamaban *Derecho Romano*. Historia antigua. Lengua muerta. Cien por cien de nada. En cualquier caso el *Derecho*, la idea de un sistema jurídico organizado basado en el respeto y en la previsibilidad de normas preconstituídas se había extinguido durante el año 2020, en el marco de las *derogaciones masivas* decretadas por Gran Mono. Ya nadie recordaba esto, de modo que la cuestión había perdido todo interés. En efecto: las palabras *sistema*, *previsibilidad* y *jurídico* habían caído en desuso.

Masivas purgas instrumentadas en diversos órdenes durante los años fundacionales del Régimen Zoocrático Tropical, habían moldeado las cosas de tal manera que incluso el olvido fue destruido a garrotazos. La noción de olvidar, aún sin saber exactamente qué, el último y peligroso atisbo de dignidad, desapareció bajo toneladas de golpes, estallidos y crujidos de huesos. Al cabo de cien años, ya nadie olvidaba ni había olvidado; ni siquiera eso: finalmente, todo esto que conocemos, todo esto que se deteriora sin pausa, fue perenne e inmutable presente.

Todo siguió igual. En ese conservarse todo igual el Régimen Zoocrático Tropical se instaló y alcanzó la perfección del sadismo simiesco.

A mí me almacenaron (no recuerdo por qué) durante 2037, cuando aún no se habían implementado los hornos y las duchas *de disposición de elementos prescindibles*. Fui reactivado durante

los incidentes que culminaron con la erradicación de la faz de la Tierra de la antigua provincia de Corrientes. Reclutado en las Fuerzas Tropicantes de Élite al servicio de Gran Mono, en el 2280 pusimos fin a la escoria correntina, enemigos inmemoriales del bienestar provincial: sucesivos y sangrientos combates —durante los que me cargué a cientos de despreciables oligarcas *carai cartón*— de infantería culminaron con un sencillo bombardeo nuclear: primitiva tecnología que bastó para encender en llamas a la pequeña provincia. Los ex combatientes fuimos indultados de cualesquiera hayan sido los delitos por los que originalmente nos almacenaron y se nos informó acerca de la “funda de preservación criogénica” con la que se premiaría a quienes hubieran demostrado heroísmo durante los enfrentamientos. Resultó que yo estaba entre los *héroes*. Durante la ceremonia de premiación un testigo relató cómo me había visto ahorcar con un cuenta ganado de cuero trenzado a un *carai cartón* de alpargatas y bombacha, algo que yo mismo no recordaba haber hecho, pero que sin obstáculo moral alguno sería capaz de hacer de nuevo una y ciento un veces más.

En aquél tiempo se creía que un descongelado no podía recordar fielmente nada anterior a su almacenamiento; si embargo yo solía pensar a menudo en aquél origen lejano, anterior a mi almacenamiento. Yo lo recordaba porque tenía acceso a ejemplares clandestinos de libros que se habían salvado de la *Hoguera General Libresca* decretada en el 2025 desde que a partir del 2020 todos los gobernantes a cargo pasaron a llamarse Gran Mono, a la manera de los antiguos pontífices vaticanos, aunque sin modificar jamás el nombre ni agregarle aditamentos como *Gran Mono Primero* o *Gran Mono Segundo*. Dicen que había un lugar llamado Biblioteca Herrera y que ardió con furia e impotencia; lenguaradas de fuego azotaron los alrededores. Pero no sirvió de nada, como usualmente ocurre: en el fondo, nada sirve para nada. No se puede detener el progreso. No se puede detener la evolución. Es la conciencia el factor evolutivo por excelencia. Y en 2020, al tomar el poder, Gran Mono se volvió consiente de sí mismo.



Yo conservaba ejemplares clandestinos de *Como Seelstrang, Biografía Apócrifa de Fernando Funes, Ladrón de Cadáveres, La Fundación de Japón, La Purga de los Malos Escritores* y el *Atlas Monumental de Zoología y Botánica Tropical*, esta última una obra tan desmesurada como maldita. Todos libros tropicales, que daban cuenta preclara y en tiempo real del advenimiento del Régimen Zoocrático Tropical, y por eso, precisamente, prohibidos.

Mediante tecnología de aceleración de partículas y replicación de núcleos logré hacerme de una copia del sacrílego *Atlas* y se la planté a mi empleadora, la ultramontana diputada Celia Ávila, a quien denuncié anónimamente sin solución de continuidad. Recibida la denuncia por la División Gubernamental de Limpieza Ideológica, la investigación sumarial puesta en marcha no tardó en conducirlos a mí, no porque sospecharan de mi carácter de denunciante, sino porque yo era un cercano colaborador de la diputada Ávila. De modo que cuando se apersonaron a su despacho, casualmente yo estaba allí para permitir que revisaran todo y hacerles notar, también casualmente, que no debían olvidar revisar *ese cajoncito, ese de ahí señores, a su disposición, señores, no quiero entorpecer su labor* —dije—, donde encontraron el duplicado ejemplar del *Atlas* que yo había plantado.

Con la fehaciente prueba de tamaña impureza ideológica, fueron hasta el domicilio particular de la diputada, la desaforaron mediante bando *ad hoc* y la levantaron de los pelos. Dicen que chilló como una marrana a la que estuvieran degollando. Y eso hubiera querido, que la degüellen, porque efectivamente fue bastante peor la suerte que corrió: como todos los traidores, en sumario proceso fue condenada a la pena de empalamiento en la plaza central. Ávila agonizó varios días junto al busto del Barón Von Sebottendorff (una extraña réplica esculpida en bronce anaranjado) ensartada, completamente desnuda, en una vara de hierro que le salía por el hombro derecho.

El procedimiento generaba las reacciones más exuberantes del público, que al pasar por la plaza se tomaba selfies junto al cuerpo moribundo primero, y al fétido cadáver después.

De modo que apenas hice un par de llamadas antes de dar con una negrita con aspiraciones de ascenso social. Las había de a montones. Todas descartables. La mayoría, incluso, ya habían sido esterilizadas. No estaba seguro de que fuera el caso de Cecilia, pero le pedí que me enviara dos o tres fotografías digitales a mi Smartphone a fin de comprobar que estuviera en condiciones aceptables como para ser primero violentamente sometida a una orgía contra su voluntad y luego, desaparecida por la muchachada *Neo Thule*. Efectivamente, Cecilia estaba bastante bien.

Como todos los días, excepto aquéllas raras ocasiones en las que acudía personalmente por alguna razón, arrastrando mi funda hasta las dependencias del Ministerio, envié mi holograma 5.0 a marcar tarjeta al *Ministerio de las Desapariciones* –donde prestaba servicios a las órdenes de Juan Manuel desde que mi antigua empleadora fuera empalada– y me inyecté una dosis de propofol oficial y dormí hasta las 15.40.

A las 16, conforme me fuera encomendado por el *Gran Comendador*, atravesé en diagonal la plaza central; al llegar al *Monolito del Búlgaro*, una grotescamente enorme columna de cemento macizo, completamente gris y sin ningún ornamento erigida en tributo a *Gran Mono Originario*, vi que un pequeño grupo de tropicantes curiosos y miembros de la *División Tanatológica de los Azules* miraban un cadáver hinchado flotar en una de las cuatro fuentes de aguas danzantes que rodeaban el *Monolito*. Me detuve yo mismo a mirar el cuerpo inflado por los gases de la muerte, los mismos gases que desde el principio de los tiempos abultan y abultarán por siempre los despojos de los muertos; sentí asco: Mauricio flotaba boca abajo, como si estuviera vivo pero fuera un horrendo pez abisal.

Discretamente tomé una fotografía 3D y se la envié al Gran Comendador, a fin de dar cuenta de la situación. Mientras me alejaba, desde mi reloj pulsera se materializó una miniatura de Juan Manuel, que elevando su pulgar derecho en señal de aprobación dijo: “¡Excelente! ¿Y la negrita? ¿Cómo va eso?” Alejando un poco



el holograma de mis ojos para poder verlo mejor –y ser también mejor visto yo– le dije que no se preocupara, que se llamaba Cecilia y que estaba todo listo. “¿Qué le dijiste?” me preguntó. Era una innecesaria extensión de la conversación: la negrita estaba y listo ¿para qué preguntar más? Como no podía no contestarle, como quisiera, al *Gran Comendador* (las consecuencias solían ser nefastas en tal caso) le dije la verdad: *Le prometí un contrato en la Cámara Tropical de Diputados y un Diploma de Pertenencia para que pueda limpiar su origen genético espúreo*. La miniatura de Juan Manuel soltó una carcajada y, antes de esfumarse, dijo: “¡Pobre pelotuda! ¡igual que todas!”.

Yo no iba a ninguna parte y sólo fui hasta allí para chequear que Mauricio estuviera flotando en la fuente, así que enrumbé hacia la confitería San José, lugar que elegía la *crème de la crème* para pasar las calurosas tardes de verano al pedo tomando café, licuado de banana con leche y comiendo chipacitos y palmeritas. Me senté y ordené una patriótica porción de dulcísimas palmeras tropicales con un jugo natural de naranja y durazno transgénico con hielo crubicado.

Estaban por ser las 17, la hora sado gay. Durante una hora, los sistemas de altoparlantes públicos de la ciudad atronaban con música para alimentar el orgullo maricón, y hordas de homosexuales enfundados en ajustados pantalones de cuero, adornados con arneses cubiertos de puntiagudas tachas, todos vistiendo *waffen crushers* negros coronados por la distintiva *totenkopf*, asolaban las calles violando a mansalva a cuanto desprevenido encontraran fuera de los lugares seguros. Hombres, mujeres, niños y ancianos: los putos le entraban a cualquier cosa llegada su hora. Obviamente la confitería San José era un lugar seguro, pues gozaba de la protección de San José, un santo muy importante de la iconografía judeocristiana primitiva que aún conservaba vigencia. A San Cayetano –otro de los conocidos santos de larga duración– lo abolieron por decreto en 2187. Decreto de Gran Mono, claro.

Mientras los putos merodeaban la vereda del San José, famélicos de pija, sagrada violencia y orto, babeantes y alelados en la búsqueda de algún culo que romper, por teléfono ultimé detalles con Cecilia. Comí las palmeras a ritmo cansino y bebí el jugo dando pequeños sorbitos acompañados de pedacitos de hielo que mastiqué sonoramente.

A las 18.10 no había ningún puto a la vista ventilando el chilo. Los homosexuales se volvieron tipos muy respetuosos de la ley desde que fueron receptados por ella (o lo que fuera que sea esto a lo que llamamos ley). Aproveché para cortar cuatro líneas de merca y esnifarlas sobre el platito en el que me habían servido la porción de palmeritas, haciendo pasar la blanca por azúcar. Algunos me miraron horrorizados. Pero me importó muy poco, porque las drogas liberadoras seguían siendo algo prohibido, pero yo pertenecía a una casta con poder de vida y muerte sobre los demás, de modo que todo me importaba muy poco. Yo era un Héroe de Guerra adentro de una funda.

Un remis se detuvo justo a la altura de la mesa que yo ocupaba y del auto descendió Cecilia. Nos saludamos con dos besos y ella hizo el gesto de sentarse, pero rápidamente abortó la maniobra al ver que yo me ponía de pie. *Vamos al baño*, ordené. Me siguió.

Una vez allí, la acomodé contra la pared lateral del pequeño y mugriento cubículo. La hice girar como un trompo de carne y la miré bien. *Estás linda vos, nena*, le dije apretándole los cachetes de la cola. *Con este tirapedos vas a llegar lejos; de hecho te valdrá un certificado de pureza genética en un par de horitas nomás*. Debí reír fuerte porque un mozo se acercó y golpeó la portezuela del váter. *Piráte la concha de tu madre, acá no pasa nada de tu incumbencia*, le grité. *Bájate el pantalón*: Cecilia se desprendió el botón y se lo bajó. Ropa interior blanca, de algodón. Metí mi mano derecha y empecé a masturbarla sin dejar de mirarla a los ojos. No se si fue el desprecio con el que la miré o qué, pero empezó a mojarse. Le metí dos dedos tan adentro como pude y se sobresaltó, pero no pudo moverse demasiado: el pantalón a la altura de las rodillas le



atenazaba las piernas. Carraspeé y trabajé un verde y se lo escupí en la cara. Retiré mi mano, cubierta de una especie de moco espeso, y me la limpié con la lengua. Le dije que se vistiera, que unas personas nos esperaban en un lugar. *¿A dónde? ¿Quiénes?* preguntó; *vos calláte y vestíte ¿o querés seguir siendo toda la vida una negrita de mierda?* No dijo nada.

La *Sede de las Desapariciones* quedaba a tres cuadras del San José. El Gran Comendador del Tabernáculo me pidió que estuviéramos ahí —yo y la negrita, Cecilia y yo— a las 20. Puntuales.

La sede no parecía gran cosa; se parecía mucho a un ministerio, así que no tuve demasiados problemas para meter a Cecilia en aquél lugar; traspasado el acceso había dos sillas estilo escandinavo en una suerte de sala de espera sin amoblar. Cuatro paredes blancas, una puerta también blanca al fondo y las dos sillas, más un foco colgando del techo irradiando luz amarillenta. Hasta ahí uno llegaba por sus propios medios.

La puerta se abrió y el Gran Comendador del Tabernáculo apareció vestido de gala: de blanco níveo, con una túnica *kukluxklan style* que apenas dejaba ver sus botas de goma blancas, todo coronado por un bonete blanco extra puntiagudo adornado con el símbolo de *Gera* bordado en negro. Cuando los dos redondos agujeros negros detrás de los cuales brillaban los ojos del Gran Comendador se posaron sobre Cecilia, noté que entró en pánico. Dio un salto e intentó correr hacia la salida. Estiré un pié y la tranquilé. Cayó de jeta al suelo. Dos Neo Thule de jerarquía inferior entraron y la levantaron del piso. Estaba llorando. Las lágrimas se mezclaban con la sangre que brotaba de sus labios; se había partido la boca. Arrastrándola de los pelos, la metieron al salón principal.

El *Gran Comendador del Tabernáculo*, apuntándome con el índice derecho, me dijo: *podés mirar si querés*. De modo que aproveché y entré. Me acomodé a un costado, entre dos cirios bautismales. La puerta se cerró y los sollozos y gemidos de Cecilia empezaron a perderse en la inmensidad del salón, lleno de oraciones de los Neo Thule.

Seguido de un monaguillo que hacía bambolear un incensario, el Gran Comendador del Tabernáculo impuso silencio sin necesidad de pronunciar palabra. Se acercó hasta Cecilia, que estaba tirada en posición fetal, hecha un mar de llanto, en el medio del salón. Y dirigiéndose a todos los presentes, con portentosa voz dio inicio a la *ceremonia de desaparición*.

Un Neo Thule cuya jerarquía no pude distinguir –pero llevaba bordada en su túnica la *totenkopf* que distinguía a los homosexuales violadores, con licencia oficial para la adopción de Espósitos– me extendió un folletito que prestamente cogí y procedí a leer: “*Existe una logia siniestra que pretende atentar contra la gobernabilidad de Gran Mono. Se reúnen en lugares oscuros, llevan marcas en su piel y con el mayor secretismo planean día a día cómo socavar la política de Derechos Antihumanos de nuestros Jefes de la Liberación Espiritual. Sus atentados son cada vez más numerosos y hay que estar alertas, puesto que atacan directamente a las fuerzas de la Liberación Tropical. Como un azote diabólico en abierta puja contra Gran Mono-Dios Nuestro Señor. Nuestras preocupaciones más importantes son la guerra entre millonarios, la guerra entre los nuevos y viejos dueños de la Televisión Democrática, única fuente de conocimiento de nuestro amado Mono. Las muertas por los que se reclama son caratuladas como suicidios, lo cual nos demuestra que Manzano tiene absoluta razón: la Logia Suicida es un hecho. Los muertos están complotados con los médicos y las muertes se caratulan como suicidio, y sabemos que los medios tienen prohibido dar noticias sobre suicidios para no propagar esta tendencia insurrecta*”. No entendí, pero no me importó: lo que contaba estaba ocurriendo en el piso, en el centro del salón.

—¡Bienvenidos a la Farmafiesta Neo Thule! ¡Qué viva la Jarra Loca! —gritó Juan Manuel, el Gran Comendador. La muchedumbre respondió con vítores alzando los puños hacia el techo, repitiendo el mantra: ¡JA-RRA-TÓ-MI-CA! ¡JA-RRA-TÓ-MI-CA! ¡JA-RRA-TÓ-MI-CA! ¡JA-RRA-TÓ-MI-CA!

CIRCUNSTANCIA VICTIMAL

“Electrical Communication
Hiki sakareteru imagination
Mirai shibaru kairo hodoite”

—Che, pará, ¿qué dice?

“Chikagoro hayari no dejitaru seigo
Maruchimedia ni Good morning yeah!
Shoto shiso na atama o kakaete
Kimi no koe mo kiete shimaíso sa”

—Está en ponja.

“Soto wa Hora shibireru denpa...”

—¿Se juega de a dos?

—No, sólo usás el azulcito.

—Naa, mejor ponele el de fulbo.

—Ya va, lo busco en la mochila.

—Torreja, se les está siendo tarde a vos y a Pancho.

—Ya va pa.



Desconecto la consola del pequeño Philco que estaba debajo de los cajones de manzanas y la guardo en su mochila.

—Dejá el televisor después lo llevo.

—Sí papá.

—Vayan a lo de Norma, que ya tiene preparado los guardapolvos.

—Chau.

El padre, junto a dos de sus hijos mayores, empezaron a llevar cajas hacia un conjunto de bicicletas de reparto.

Acomodaron todas las cajas, alternando las vacías y las que contenían todavía mercadería de manera que no afectaran el balance durante el pedaleo.

Al terminar de acomodar cada bloque rectangular de madera, los sujetaron con piolas y empezaban a acomodarse en las sillas de conductor. Los hijos ya comenzaron su trayecto hacia el barrio, el padre quedó un rato revisando si no faltaba nada, levantó al televisor, fue a sentarse en el sillín, se sintió el sonido de platos y bielas gastados por los años, acomodo al pequeño catódico en un espacio que le quedaba libre y comenzó a pedalear.

Las criaturas fueron derecho hacia donde les ordenaron, no sin antes arrojar unos cuantos hondazos fallidos a unos gorriones que revoloteaban cerca.

Al llegar a lo de Norma, aplaudieron. Una mujer cercana a la mediana edad abrió la puerta y luego la reja, zarandeó a Pancho hacia adentro, Torreja los acompañó.

—¿Vos pensas que cago la plata?!

—¡No, ma!! —masculló mientras aguantaba una tironeada de pelo.

—¡Me duele ver que cada uno de ustedes, a los que tuve que parir, alimentar, vestir y educar a lo largo de los años, se estén transformando en zánganos y mal vivientes!

— ¡Te oí, sabés!

—¡Vos no te metás Yanina! —pronunciaron casi en coro la mujer y el niño.

Yanina estaba sentada a unos metros en una mesa escuchando Cumbia en Base en la intimidad sonora que le otorgaban los audífonos de su celular y rodeada de fotocopias y apuntes en donde estaban subrayados con fibrón nombres como Tales de Mileto, Michael Faraday o Charles Du Fay y términos como culombio, amperio y propiedad cuantizada.

—¡Seguro te fuiste con esos pendejitos de mierda de la esquina!

—¡No!

—Abrí la boca.

El niño hizo caso a la mujer. Ésta olió su cavidad bucal, luego con la mano libre abrió de manera amplia los parpados de la criatura, revisó minuciosamente.

Lo soltó con un discreto gesto de alivio.

—Sólo me compré unas figuritas.

—La próxima avísame, en vez de estar sacándome plata a escondidas.

—Disculpa tía, dónde dejaste los guardapolvos —interrumpió de manera impaciente Torreja

—En la pieza de atrás.

—Bueno.

—Igual no es necesario que los busquen, me llamo Nilda, hoy la escuela permanece cerrada.

—Sapeee —corearon los niños mientras fueron a buscar unos juguetes.

—¿Qué pasó? —preguntó Yanina.

—Se mató otro alumno.

Después de una merienda, Torreja se calzó su mochila, Pancho buscó la suya en la cual introdujo su Netbook, unos cuantos útiles y dibujos, Norma les fue a abrir la puerta no sin antes reclamarle a los chicos que les diera las ondas que tenían escondidas, las cuales entregaron a regañadientes; se despidieron de las dos mujeres y fueron derecho hacia la casa de torreja que quedaba en el barrio siguiente.



—¿Te contaron?: en la hamburguesería de Lalo se prendió fuego la heladera la otra vez .

—¿Posta?

—¡Sí! La parte de abajo, dicen que fue por el calor, igual lo apagaron rápido.

“Tiene nueve y el barro en los pies cuando llueve
donde duerme el cardo vive ojitos que conmueve
aprendió a discriminar con el restar y el dividir
sumar, multiplicar y como no también mentir
delatar ni loco viejo médico cuando grande
delantal roto del colegio bélico del hambre
busca la fama un nombre dentro del enjambre
el chico diez de su clase con las manos manchadas en sangre
el recreo nace y reclama liderazgo
el deseo por una dama y el deporte piden rasgo
repudia marginalidad recita su destello
no estudia y la sociedad necesita los plebeyos”

—Mirá pa allá, quién es —le señaló Torreja a Pancho.

—Eee, es Gustavo y su junta.

“corre a la par del que nunca presta bicicleta
ni por azar la coqueta besa al que anda en chancleta
zapatillas de marca traen pobreza discreta
lo decreta el mundo enfermo que ama a la etiqueta”.

Se fueron acercando a un grupo de adolescentes y jóvenes adultos quienes estaban alrededor de una pared a la cual le pasaban detalles en aerosol, mientras sonaba un tema de Mustafa Yoda desde una portátil custodiada por un universitario que improvisaba unos bocetos hechos con portaminas en un cuadernillo.

—¡Che Gustavo!

—Eh mirá quién apareció.

—¿Qué están haciendo?

—Es un mural dedicado al chabon al que le pasó lo mismo que a Arrugas.

—¿Cuál?

—No creo que lo ubiques, casi no hablaron de él ni en los diarios ni en los noticieros.

“Bebés nacen borrachos y el vino es más barato que la leche
quieren que no piense, sospeche
aparatos de la mente arrebatan tu futuro en tu presente
el niño llora el niño siente”.

—¿Vas a pasar mañana por el barrio?

—No creo, pero el grupo de Sofi seguro.

—¿Tienen algo para tomar? —interrumpió Pancho.

—Sipué —afirmó uno de los adolescentes y le hizo una señal al que estaba dibujando cerca de la PC.

Este agarró una botella de gaseosa que tenía a un costado y se la pasó a Pancho, quien bebió lo último que quedaba.

—Quédense un cacho si quieren, ya casi terminamos.

—Dale.

Se quedaron hasta contemplar el mural, el cual querían que funcione como un detonante en la conciencia colectiva. Pero que a la vez corría el riesgo de ser hermenéuticamente banalizado y hasta reducido a un mero vandalismo juvenil, el cual sería tapado por alguna pancarta publicitaria o política. Solo el tiempo decidiría cuál sería su destino.

Torreja y Pancho se despidieron y retomaron su camino.

—Che, cuando lleguemos juguemos algo en tu pley.

—Te voy a mostrar los nuevos que tengo, papá me consiguió juguetos nuevos la otra vez en el día del niño.

—Le habrá costado mucho.

—Sí.

—Mi viejo siempre hincha con lo jodido que es conseguir ahora todo.



—Así son los grandes, para ellos todo es números.

—¿Vos decís que así nos volveremos a esa edad?

—Ojalá no.

—¡Mira! ¿Ese no es Toby? —señaló a un callejero atigrado que se acercaba hacia ellos.

Lo agarraron para que no siguiera camino, lo acariciaron y lo empujaron hacia el lado contrario de donde venía.

—Seguro se le escapó a mamá.

Estaban cerca del barrio, era fácil reconocerlo, una calle de tierra moldeada por pasos de tractor que cortaba con el pavimento de la avenida, los niños y el perro se internaron dentro. Torreja vio a un conjunto de personas en la siguiente esquina junto a un auto de policía y unos cuantos patrulleros hablando con los vecinos, todos estaban acostumbrados a ver este tipo de imágenes en el barrio, exceptuando al vecino que barría unos trozos de plástico y vidrio en el suelo embadurnado con unas cuantas gotas de sangre seca.

—¡Mirá Torreja, es tu mamá!

Sentada en una bocacalle, estaba una mujer que visiblemente tuvo un ataque de nervios, la cual estaba siendo consolada por un grupo compuesto por varios de sus familiares y vecinos.

Los niños se acercaron.

Una vecina se les acercó pidiendo que esperaran un rato.

—¿Qué pasó? —preguntaron casi al unísono.

—Torreja, no te pongas mal pero...

—¿Qué pasó?.

—Es tu papá lo llevaron bastante grave.

—¿Por qué? —la voz de Torreja sonó un poco quebrada.

—Un grupo de personas persiguieron a un chorro varias cuadras, se metió en el barrio justo tu papá estaba pasando por la esquina, el chorro lo choca, se levanta rápido y se raja, las personas ven a tu viejo, por lo que me contaron lo lincharon por que le vieron parecido al ladrón... Se necesitó a varios policías para que lo soltaran.

Pasaron un par de horas. Torreja estaba solo, sentado en la bocacalle, no se animó a ir al hospital, le incomodaba mucho ese tipo de lugares.

Quedó un rato viendo el vacío, meditando sobre lo sucedido hasta que sucedió. En su corta vida, sólo lo hizo las veces que le iba mal en la escuela o cuando recibía cintarazos de sus padres cuando se portaba mal, lloró, esta vez a moco tendido, lo detestaba hacer pero era un impulso más fuerte que él.

Siguió así un par de segundos hasta que lo escuchó.

Quedó mudo, sintió una amalgama de sonidos que le fue difícil reconocer no solo su naturaleza, si no de dónde provenía; observó la ventana del kiosco del frente: parecía que palpitaba y empezaba a dar volumen a algo que era inclusive más grande que las limitadas dimensiones de la misma.

Torreja comenzó a alejarse pero también en una de las ventana de su casa empezó a suceder lo mismo y observó que en varias de la cuadra, rápidamente unos bultos de consistencia similar al vidrio, pero líquido, empezaron a aparecer como larvas. Se gestaron en cuestión de segundos figuras antropomorfoides de gran tamaño que se desligaban de su consistencia vidriada y comenzaban a obtener una forma sólida, recubiertos en aleaciones sintéticas de irreconocibles metales y plásticos retráctiles, eréctiles o prensiles.

Torreja se puso cerca de un transformador y empezó a ser rodeado por aquellos colosos.

Tal vez fue por la frustración, el sufrimiento, el miedo o una asimilación de todas esas sensaciones pero sucedió: Torreja dio un agresivo grito y del transformador salió un fuerte choque que hizo retroceder levemente a esos seres que lo rodeaban. Empezó a separarse del suelo milímetro a milímetro; mientras se iba acercando al centro de la calle, los cableados y los transformadores empezaron a enloquecer, varias manzanas empezaron a sufrir subidas y bajadas de tensión.

Torreja volvió a gritar más fuerte al instante en que se convertía en un caótico núcleo electromagnético, de cada uno de



los cables y transformadores salieron despedidos ráfagas eléctricas lo suficientemente potentes como para carbonizar un cuerpo adulto, las cuales se concertaron alrededor de Torreja y eran disparadas hacia los colosos a los cuales parecía no afectar.

El niño presionaba más y más su capacidad electrocinética y eso se empezaba a evidenciar en su cuerpo, sus ojos se empezaban a irritar y un pequeño hilo de sangre comenzaba a fugarse de una de sus fosas nasales hasta ligarse con la transparencia de su mucosa.

—¡Tiu partio vundi, rapidtrajno, solida!

Uno de los colosos, a una velocidad imposible, capturó al niño en una manota abarcando parte de su mandíbula inferior, cuello y pecho, llegando inclusive a tapar parte de su cara, dejando libre apenas un ojo irritado donde se percibía el espíritu de una fierecilla negándose a ser domada.

El coloso incrustó su enorme puño contra una pared a la cual despedazó, no para herir a su rehén, ya que éste estaba protegido por el grosor de los dedos y nudillos, sino que para desorientarlo.

Torreja sintió varias agujas indoloras incrustarse en el área retenida de su cuerpo y comenzó a perder la conciencia.

Los colosos empezaron a sufrir una metamorfosis inversa a la que tuvieron en un principio, y se escabulleron por los vidrios de las ventanas llevándose consigo a una víctima de las circunstancias.

LA COSA GRIS

“LOS ELEFANTES SON CONTAGIOSOS”

ANDRÉ BRETON

Siempre que miro fotos antiguas o una película muda, me divierte imaginar los colores que tenían las ropas, las habitaciones, los objetos alrededor. Y más me divierte tomarme un tiempo en reconstruir los olores que habrían tenido los actores o las modelos, sus perfumes y secreciones. Esta historia que voy a contar será toda gris. Huele a gris. Ocurrió hace sesenta años, en Resistencia Tropical City, cuando las calles eran de barro y estaban finamente espolvoreadas con bosta de caballo.

Hace sesenta años, el señor Buonarotti trabajaba en la unidad de Cartografía de la Municipalidad. La ciudad crecía y el Gobierno Territorial sumaba entusiastas, como el señor B, para diseñar los planos. B no era pobre y tenía bicicleta, signo de distinción entre los recién emigrados de Europa que andaban a pié. Una mañana, saliendo hacia el trabajo, abrió la puerta y se encontró con una cosa gris que le bloqueaba la salida. Se quedó duro. Se sacó los lentes, los limpió con el borde de la camisa y se los calzó de nuevo. Siguió duro. Luego se ablandó y agarró el paraguas. Pensó en una tormenta, pero había sol. Dejó el paraguas. Acercó el dedo y tocó la cosa gris y sintió viscosidad. Le pareció áspero, duro como un pan de dos meses. Algo como una cola se movió de izquierda a derecha. Apartó el dedo. La cola penduló unos segundos y paró. B no era un hombre



complicado, lo resolvería más tarde. Abrió la ventana, dio un saltito y se fue a trabajar.

A la siesta regresó y la cosa seguía ahí. B se paró frente a la cosa y observó: era un animal, uno que nunca había visto; tenía dos grandes colmillos y una nariz de manguera que tocaba el piso. Fue al patio, cargó un balde con agua y se lo dejó cerca. Entró por la ventana y se preparó unos fideos con ensalada de lechuga y tomate. Se echó una siesta, dos horas. A la tarde salió por la ventana y fue a trotar a orillas de una laguna.

A la mañana siguiente el animal seguía bloqueando la puerta. B cargó de nuevo agua en el balde y le dejó en el pasto los fideos que le habían sobrado. Entró, se terminó de vestir y salió por la ventana. Olvidó el maletín y volvió a entrar. Dejó el sombrero sobre la cama. Revisó que no falte nada en el maletín. Volvió a salir por la ventana. A mitad de camino recordó que se dejó el sombrero, y lo lamentó demasiado. B nunca iba a trabajar sin sombrero y tuvo un breve ataque de furia por el animal que lo obligaba a vivir por la ventana. Ese día decidió contarle lo de la cosa gris a su única amiga, la señorita Scardanelli.

Como B es un hombre simple, cuando en la oficina se cruzó con la señorita S, fue al grano.

—Ayer me retrasé porque olvidé el sombrero en la cama —explicó B.

—¿Qué? —dijo extrañada la señorita S.

—Olvidé el sombrero en la cama porque salí por la ventana.

—¿Y por qué salió por la ventana?

—Hace dos días un animal enorme y gris vive delante de mi puerta —le dijo B, agarrándola del codo y llevándola dentro de su oficina.

—¡Oh, Dios mío!

—Lo juro, está ahí y no se mueve. Tampoco intenté espantarlo. Parece una montaña de mierda seca. Me estoy encariñando de a poco.

—¿Puedo pasar a verlo? —preguntó entusiasmada.

Fueron en sus bicicletas. Cuando llegaron, la señorita S no salía de su asombro. El corazón le latía como a un toro acorralado.

—¡Pero si es hermoso! —gritó. ¿Cómo se llama?

—Estuve pensando, creo que lo llamaré Aledo —dijo B.

—Umm, sí, es un nombre enigmático. Me encantan los misterios, como los que escribe Edgar Allan Póls.

—No conozco ese autor.

—Le presté un libro de él hace meses, ¿no lo leyó?

—No tuve tiempo.

—Hágase el tiempo, no lo va a defraudar.

—Preferiría no hacerlo.

—¿Por qué?

—Me da miedo.

—¡Sea hombre!

—Eso intento.

B era un hombre simple, ya lo dije, pero antes de ser ingeniero quiso ser escritor. Publicó una novelita a los 29 años y desde ese momento su padre lo admiró y se dedicó a hostigarlo preguntándole, hasta su muerte, qué personaje de la novela era él. “No me reconozco en ninguno de ellos”, decía el padre. B no sabía qué responderle; había usado anécdotas familiares, pero le costaba explicarse. Finalmente, agotado, B abandonó la literatura a los 31 y tampoco pudo volver a leer, salvo planos y guías de viaje.

—Mañana temprano pasaré por la aduana para investigar sobre este animal —dijo B.

—Pero que sea nuestro secreto —dijo la señorita S y se acercó dos pasos y le tomó la mano.

—Por supuesto —dijo B. Y entraron por la ventana a preparar una merienda.

Al otro día, en la aduana lo hicieron esperar dos horas y le dijeron que mejor pregunte en el correo. B pedaleó hasta allí. Lo atendió un hombre alto, con aspecto de cadáver recién lustrado. Le dijo que tome asiento. Pasó media hora y lo llamaron. Le entregaron una carta a su nombre, llegada desde España hacía dos semanas. El cadáver se disculpó por el retraso: el cartero no lo encontró en su domicilio y la carta fue devuelta a la oficina. B se sentó en la sala de



espera y abrió el sobre. Era una esquela breve. Pasó rápido las líneas y llegó a la firma, de un tal Ramón Gómez de la Serna. Guardó la carta y salió apurado a buscar a la señorita S. Llegó a su casa, dejó la bicicleta en el piso y entró por la ventana. Estaba sudando y temblaba.

—¿El animal vino de África!

La señorita S lo sentó en una silla, le trajo un vaso de agua, le pidió que se calme y que le cuente. B tomó aire y le devolvió el vaso.

—Bueno —continuó B—, se llama “elefante” el animal. Lo mandaron desde África. Es un regalo de un poeta español, dice en una carta que lo dona para los camaradas que emigramos a esta tierra puerca (así dice él), para que podamos leer nuestra poesía subidos a su lomo.

—¿Eso dice?

—Señorita, no sabe lo estupendo que es esto —dijo B, y en sus ojos brillaba una malicia sin esperanza. Yo nunca tuve posibilidad de ganar, siempre creí que en los próximos cuarenta años todo me saldría mal; pero esto es una señal de Dios, sabe, y ahora podré concretar mi proyecto, podré hacer que rellenen al animal y lo convertiré en una roca tan dura que servirá de piedra fundacional para la ruta para bicicletas que unirá todos los pueblos tropicales.

B seguía sudando, le chorreaban las manos.

—¡Oh, eso me excita demasiado! ¡Estoy toda mojada! —gimió la señorita S.

B se abalanzó sobre ella y cayeron en la mesa. Le desgarró la pollera mientras se mordían. Del cuello de la señorita S caía un hilo de sangre gris que resbaló hasta el zapato derecho del señor B.

La cosa gris ya no estaba en la puerta. Se había evaporado; ni siquiera había huellas del elefante. Un vecino que pasaba por la vereda escuchó un gemido y golpes en las paredes. Luego se escucharon unos aullidos. El vecino imaginó un animal horroroso que jamás había visto y se alejó corriendo calle abajo, sosteniéndose el sombrero.

EL HAMBRE DE LA LAGUNA NEGRA

No tengo recuerdo alguno sobre cómo ni cuándo se construyó la casa. Sé que es muy antigua, su arquitectura barroca y muebles de la más fina madera así lo atestiguan. Igual de antiguo debo ser yo. Tampoco recuerdo cómo ni cuándo aparecí en ella, desde que tengo memoria siempre estuve aquí. Lo cierto es que nunca me animé a salir mucho más allá del cementerio. De todas formas no lo sentía necesario, no había nada afuera que llamara mi atención. Además el sol quemaba mi piel de tal forma que se formaban ronchas purulentas en mi cuerpo, que me lastimaban sobremanera. Yo nunca tuve amigos. La luna era mi única amiga, ella y los libros.

Era una vieja construcción de dos plantas, un poco ladeada hacia la derecha, por causa de los azotes de inmemoriales tormentas, algunas habían arrastrado gran parte de su estructura. Sin embargo, yo me encargué de arreglarlo todo, hasta donde pude, naturalmente, ciertos sectores de la vieja mansión sólo podía visitarlos a la luz de la luna ya que el techo había volado durante un feroz vendaval y no podía arriesgarme a exponerme a la luz solar.

Mi hogar era el altillo, el resto de la casa mi mundo. Una pequeña habitación donde convivía con ratas e insectos, había también artefactos cubiertos de polvo de otra época con los que solía



jugar los aburridos días de lluvia. Todo lo veía desde ahí arriba a través de una pequeña ventanita opaca. Las casas del pueblo, atravesadas por polvorientas várices de tierra, se agrupaban caóticamente a cierta distancia del monte, todas apretujadas, temerosas de que tal vez la vegetación de los alrededores les saltase encima. Un poco más allá, las cruces y los viejos mausoleos, los nichos que cobijaban flores muertas y más lejos aún en el horizonte, como un único labio: la Laguna Negra, así la llamo yo. La laguna habla y a veces grita, lo que me horroriza no es el sonido que produce, sino lo que dicen las voces del fondo.

Abajo de la crujiente escalera desmembrada (un salto no bastaba para alcanzar el otro lado, debía reptar por la pared si no quería caer a un vacío penumbroso donde anidaban las ratas) se encontraba la vieja biblioteca. Tomos ocultos, relatos olvidados en lenguas prohibidas y muertas, ciertas palabras que hacían hablar a la casa, quejarse, ladearse un poco más. Algunos de los tomos hablaban de antiguas razas, nombres ya olvidados, seres primigenios. La única manera de leerlos era con la ayuda de la luz lunar, ya que dentro de la casa andaba a oscuras. No necesitaba luz, nunca me gustó la luz.

Gracias a esos antiguos escritos aprendí a leer y a escribir. También puedo balbucear algunas palabras; puedo hacerlo en diferentes idiomas.

Una vez entraron a la casa, cuando la Laguna Negra era apenas un charco en un claro del monte. No eran hombres blancos, estos vagaban casi desnudos. Especulé haber leído sobre ellos; los reconocí por los dibujos en cierto libro de título cuyo nombre ya no recuerdo. En aquel momento me sentía más solo que nunca. Así que aquella visita me entusiasmó y bajé exaltado la vieja escalera chirriante, y me detuve justo a mitad de camino, cuando me los crucé; los hombres me miraron aterrorizados, pronto empezaron a gritarme. Eran mucho más bajos que yo. Llevaban lanzas, garrotes y arcos con flechas. Yo no tenía intenciones de hacerles daño, al contrario, quería invitarlos a pasar a mis aposentos, pero uno de ellos dejó escapar un gruñido y disparó un flechazo que se incrustó

en mi hombro izquierdo. Grité, aterrado, al saber que yo también podía sangrar, como contaban en los libros. Ahí conocí el dolor, y también la muerte.

Desde aquel fatídico encuentro nadie volvió a poner un pie en la casa. Aquellas personas brutales se quedaron viviendo conmigo un tiempo, inmóviles me hicieron compañía hasta que se hincharon de morados y el hedor de sus cuerpos se volvió insoportable. Resolví cargarlos yo mismo y llevarlos hasta la joven laguna y lanzarlos allí. Los cadáveres fueron inmediatamente succionados. Una cosa, algo, habitaba oculto en el agua.

Otras noches solía acercarme a la laguna. Parecía haber crecido un poco más de la última vez; un manchón se había expandido extraordinariamente hasta acariciar las raíces de unos árboles que se secaron días después. Cierta nocturnidad me acongojó cuando los que vivían debajo de las aguas me hablaron. Que tenían hambre, eso me dijeron.

Otra noche me asomé al reflejo estrellado de la laguna, ya que en casa no había espejos; solamente el vidrio de la sucia ventana del altillo, el cual ya no refleja ba. Una masa carnosa y pálida se asomó a la orilla; no encontré relación alguna con los personajes que había leído en los libros. No había mejillas sonrosadas, ni ojos claros, ni nariz respingada, ni piel atezada, nada de eso. Era una estructura alargada, flaca, desnutrida. Sus ojos eran dos puntos rojos hundidos en cuencas orbitales casi vacías, sus labios dos líneas violáceas y sus dientes, puntiagudos y sobresalientes. Su pelaje era largo y grasoso, con ciertas zonas despejadas donde increíblemente se reflejaba el brillo lunar. Tal vez los libros exageraban, tal vez la gente no era como la imaginaban los artistas. Entonces los vi por primera vez allá, flotando en círculos, me miraban, me llamaban. Escamosos, fríos, hambrientos y lunáticos. Se enroscaban a sí mismos, se hundían en el lodazal, me mostraban sus putrefactas dentaduras. Había luces fosforescentes, colores centelleantes que me hipnotizaban. Bajé la mirada, aturdido. Tenía ambos pies sumergidos en el líquido negro. Grité desesperado. Unas manos heladas se aferraron a mis tobillos.



Entonces tiré con fuerza y me zafé. Corrí casi sin aliento hasta alcanzar la casa, dejando detrás un rastro de barro. Todavía con la terrible sensación de los dedos cerrándose alrededor de mis tobillos, me escondí en el ropero y esperé.

Esa noche tuve una pesadilla. Ellos salían de la laguna, hambrientos. Venían a la casa.

Principalmente me alimento de aves, de alguna rata o insectos. Soy muy buen cazador, mi agudeza visual es excelente y soy muy rápido. Siempre que podía cazaba de más, porque empecé a compartir mis presas con la laguna pero nunca fueron suficientes, siempre exigían más. Aterrado, desde la ventana del altillo, todas las noches veía cómo la laguna crecía. Razón por la cual decidí mantenerme alejado. Especulé que la próxima presa de la Laguna Negra podría ser yo. Entonces volvieron a seducirme con sus colores hermosos, jalándome hacia el interior de profundidades secretas.

Sin embargo, poco tiempo después fui bendecido. La gente construyó sus casitas. Algunos curiosos se acercaron a la mansión, donde yo vivo, aunque nadie se animó a entrar. Una vez, uno de ellos me vio asomándome en la ventana del altillo. Recuerdo que palideció instantáneamente y se alejó corriendo.

Con el paso de los años se construyó el cementerio; aparecieron las primeras cruces, las lápidas, luego los panteones y los nichos. Algunas veces me acercaba por las noches, saltaba el musgoso muro del camposanto, destreza que para mí era simple, y elegía al azar una tumba con tierra removida. Mis manos se entumecían de tanto escarbar, me había arrancado varias uñas intentando dar con más y más ataúdes. Escarbaba hasta encontrarlos, los abría y cargaba los cadáveres nauseabundos hasta la laguna. Yo solamente quería volver a ver, tocar aquellos preciosos colores.

Cuando ya no hubo más muertos por desenterrar decidí meterme en los mausoleos. A pesar de que tenía la fuerza suficiente para desencajar las puertas o rejas, el ruido solía alertar al sepulturero y más de una vez tuve que escabullirme para que no me viese. Me quedaba quieto, inmóvil, mientras el sepulturero llevaba un

tembloroso haz de luz en dirección a la supuesta infranqueable cripta.

Otro día, aprovechando el refugio de la noche, me acerqué a la puerta de una vivienda blanca. Me aseguré de que no hubiese nadie alrededor. Era tan silencioso que ni siquiera los gatos me percibían. Cerré la mano alrededor del picaporte de una puerta endeble y empujé. La puerta crujió y pronto cedió. Me agaché para ingresar a un saloncito con tres sillas y una mesa, no podía erguirme del todo porque el techo era muy bajo para mi estatura. Caminé con cuidado olfateando el ambiente. Había dos habitaciones, posé la nariz en la puerta de madera de una de ellas, había alguien al otro lado, escuchaba su respiración, el agradable calor de la vida. Abrí la puerta. Con un silencio absoluto avancé hacia la cama donde dormía un niño. Un golpe seco bastó para que su cráneo cediera a la presión de mi mano. ¡CRACK! El líquido encefálico se desparramó sobre la almohada. Levanté el cuerpito que aún se sacudía en espasmos nerviosos, me lo colgué al hombro y salí de la habitación.

Cerré la puerta de la casa a mis espaldas cuando escuché un grito que provenía del interior. Creo que había sido la madre. Empecé a correr. Salté un muro que había cerca, siempre aferrando con fuerza la presa que llevaba conmigo. La puerta de la casa se abrió de golpe, los perros empezaron a ladrar, las luces del pueblo se encendieron. La gente acudió en dirección a los gritos. Aproveché la confusión para saltar los techos de las casas y luego caer en una calle desierta; no me había visto nadie. Con el corazón cabalgándome en el pecho corrí en dirección a la laguna.

—¡No puedo traerles más! —grité, desde cierta distancia, a la masa movediza que se retorció en aquellas aguas, y arrojé el cadáver del niño que inmediatamente fue despedazado —¡Déjenme en paz!

Pocos días después, nuevos hombres llegaron al pueblo en vehículos con luces. Me atraían y me parecían divertidas, pero no eran tan hermosas como las que veía en la laguna. Obviamente, como todos, se acercaron a mi casa, chusmearon desde lejos y se fueron. No volvieron nunca más.



Además de poseer una excelente vista nocturna y la capacidad de adherirme a cualquier superficie, mi olfato era igual de perfecto. Cierta día sentí algo, algo en el aire, un olor eléctrico, hinchado de humedad. Rápidamente dejé el libro que leía y subí al altillo. Me asomé a la ventana. Allá en el horizonte, pesados nubarrones anunciaban una tormenta. Pronto vi los cortes luminosos que perforaron el azul tormentoso de las nubes precipitándose, los estruendos que se asemejaban a pesadas rocas que chocaban entre sí, que caían anunciando lluvia. Pero a mí no me preocupaba la tormenta, la casa y yo habíamos soportado las más feroces batallas climáticas. Ni los huracanes lograban asustarme tanto como la Laguna Negra. Hacía ya bastante tiempo que no la alimentaba e incluso, desde mi posición en el altillo, podía escuchar sus gritos famélicos de desesperación. Me preguntaba si los pueblerinos también podían escucharlos.

Pronto empezó a llover. Un torrente acompañado de un viento feroz hizo presión en cierto sector del techo de la casa, hundiéndolo, los viejos retratos y las camas que nunca ocupé, empezaron a humedecerse, algunos cuadros se soltaron de las paredes y cayeron con violencia al suelo acompañados de mampostería y vigas ya hacía tiempos podridas. El viento susurraba maldiciones y traía la peste enferma desde la laguna. Me asomé nuevamente a la ventana, la masa negra, putrefacta, avanzaba ya tragándose el cementerio en dirección al pueblo... y a la casa.

Lloré desconsolado al ver los lomos flotando en aquel lodo negrísimo que todo lo tragaba; eran ellos, los que vivían en las profundidades, las insaciables criaturas de la laguna. Pronto dejaron ver sus hermosos colores así que inmediatamente amagué apartar la vista. También los ataúdes del cementerio flotaron, una vez que el líquido removió la tierra de la necrópolis. Las criaturas se abalanzaron desesperadas sobre los ataúdes y se dieron un festín con los muertos.

Pronto todo el pueblo se vio invadido del líquido fétido. Una marejada incontenible manchó la blancura de las casas y permitió el

ingreso de las bestias hambrientas a las viviendas. Percibí los gritos de la gente, los feroces rugidos de las criaturas acuáticas. Pronto el agua avanzó hasta mi casa, la rodeó y toda su planta baja, con los libros, fue devorada.

Ahora estoy flotando en el altillo. Todo el pueblo, el monte y la casa fueron devorados. Allí abajo están sus lomos pálidos, ahora gordos y rezumantes de sangre y podredumbre negra. Y los colores. Los colores están allí, flotando, si sólo pudiese tocarlos.

EL CUENTO POR SU AUTOR

PARA FACUNDO

Luego de una operación mal hecha y de toparse con la vacilación e indiferencia de los médicos de Resistencia, mamá decidió continuar el tratamiento de su cáncer de tiroides en Buenos Aires. Sin duda era lo que había que hacer, aunque a los ojos de hoy pueda parecer que fue en vano. Como sea, lo cierto es que la decisión supuso que mis hermanos y yo, desde la segunda mitad 2011 y los primeros meses de 2012, pasáramos semanas completas en Buenos Aires, turnándonos para acompañar a mamá. Nada que conllevara un esfuerzo excesivo de nuestra parte, pero tampoco, como se imaginará, que nos colmara de entusiasmo. Había que bancar al jefe y listo. En total cada uno de los hermanos viajamos varias veces, y fue en oportunidad de uno de mis turnos que sucedió el incidente que narro en “El día del psicólogo”. El 13 de octubre de 2011, para ser preciso, que fue el día del psicólogo.

Para entonces hacía poco más de dos meses que mamá se había instalado en la habitación 315 del deprimente hotel de la mutual AMUDOCH, un hotel lleno de gente enferma y angustiada que quedaba por avenida Jujuy al 400, en Balvanera. La rutina de mamá comenzaba y terminaba con la aplicación diaria de rayos, y únicamente los jueves veía alterada por una sesión de quimioterapia. A eso se reducía su jornada en Buenos Aires. Tampoco le sobraba



energías para más, apenas para proveerse de un almuerzo decente y para, algunas tardes, bajar tomar mate en el patio del hotel. Pero la mayor parte del tiempo lo pasaba encerrada en su habitación, abocada a ordenar una y mil veces el complejo papeleo que su enfermedad la había obligado a administrar. Cuando no hacía esto, miraba tele, o leía alguno de los libros que yo le llevaba a pedido suyo. Aunque lo de los libros era pura apariencia: mamá fingía leerlos sólo para hacerme sentir bien, para convencerme de que mi contribución literaria era de gran ayuda.

Pero la verdad es que no había ayudas, ni grandes ni pequeñas. Con mis hermanos nos habíamos propuesto no dejarla sola ni un segundo, que todo el tiempo estuviera acompañada por alguno de nosotros. Era cuanto podíamos hacer, y supongo que no lo hicimos mal, pero en el fondo bien sabíamos los tres, bien sabíamos Julia, Marcos y yo, que por mucho empeño que le pusiéramos, de cualquier manera mamá se encontraba sola, más sola que nunca. Solísima.

Este ambiente retraído, de baja intensidad, era un poco el telón de fondo que pretendía instalar en “El día del psicólogo”: la desolación ciertamente trillada, pero toda vez conmovedora, de una persona enfrentada a la incertidumbre de una enfermedad que puede acabar con todo. Pretendía transmitir eso pero también una impresión más drástica, una impresión nacida de observar a mamá aquellos días, de ver sus gestos ralentizados, de oír sus palabras menguantes.

Digámoslo así: la sensación era que mamá tenía la sensación (o la certeza) de que se iba a morir, de que lo que le estaba sucediendo no era una enfermedad sino la muerte. Y lamento que esto suene excesivamente literario, o a tragedia sentimental onda canal Hallmark. Lo lamento. Pero era ella, mamá, la que con su suave extinción insistía en fijarme esa impresión a clavo y remache.

Resulta que el tratamiento iba bien, o muy bien. Marchaba “viento en popa”, como decía el médico de la clínica Fleming, un profesional bien calificado, un ñoño de parte a parte pero también

(probablemente) un buen tipo, a quien mamá se había confiado de la misma manera que por esos días, y luego de un distanciamiento de años que parecía irreversible, había vuelto a entregarse a las manos de Dios. No obstante los buenos augurios de la ciencia y la comprensible reanudación de su fe, mamá flotaba ya en otra dimensión, como al margen de todo lo que sucedía a su alrededor, incluso de aquello que la tocaba más de cerca. Era asombroso (tal vez *asombroso* no sea la palabra) verla convertirse en una discreta esquizofrénica, una esquizofrénica más filosófica que psiquiátrica. Por un lado estaba su cuerpo que, con una disciplina espartana que acaso nunca le haya impreso a nada (mamá no destacaba por su voluntad, precisamente), se trasladaba a diario al Fleming para someterse al tratamiento; y por otro, en otra esfera, estaban sus ojos y su pensamiento que se apagaban de forma extraña, como si de cara al fin mamá eligiera conservar sólo unas pocas palabras porque ya no necesita de todo el lenguaje, unos pocos sitios donde posar la vista porque ya no necesita del mundo.

Pero regresemos a “El día del psicólogo”. Como había dicho, en el cuento narro un incidente que me sucedió la mañana del 13 de octubre de 2011. Estaba yo desayunando en La Perla, el legendario café donde Borges se reunía con Macedonio Fernández y en cuyo baño Lito Nebbia y Tanguito compusieron *La balsa*. Eran alrededor de las nueve y disponía casi de una hora para relajarme, puesto que a las diez en punto, como cada día, pasaba por el hotel el taxi que nos llevaba a la clínica. Había terminado un café con leche y leía un libro de Chéjov. Para decirlo de alguna manera, eran horas chejovianas, o al menos procuraba que lo fuesen. La noche anterior había arrastrado a mamá al teatro San Martín para ver una adaptación de *La gaviota*, retitulada por su adaptador, el director Daniel Veronese, como *Los hijos se han dormido*. Naturalmente, lo que leía de Chéjov en el café era su obra *La gaviota*, y comprobaba con cierta sorpresa que la adaptación de Veronese la respetaba de cabo a rabo. No entendía por ende a cuento de qué le había cambiado el título, y menos aún a qué podía aludir el que había



elegido, *Los hijos se han dormido*, un título que guardaba más sentido con lo que sucedía en la butaca de al lado mío (mamá se durmió apenas comenzó el tercer acto) que con lo que podía apreciarse en la representación. Sea como fuere, la obra me gustó mucho y a la mañana siguiente me hallaba reviviéndola en La Perla cuando fui interrumpido por una llamada de mi hermano Marcos.

Marcos no se caracteriza precisamente por ser efusivo al momento de dar los buenos días, pero hay ocasiones en que te saluda como si fueras su enemigo. Luego de zanjar ese incómodo asunto con un seco y veloz “Qué hacés”, me dijo, ahora sí expresando algo de emoción (preocupación, para ser exacto), que estaba llamando al celular de mamá y que el mismo le daba contestador todas las veces, que qué pasaba. Pensé un instante cuál podía ser la causa y enseguida recordé que antes de comenzar la obra de teatro nos habían pedido que apagáramos los celulares, razón por la cual mamá debía tener apagado el suyo desde la noche de ayer. Sin embargo, en vez de explicarle esto a Marcos, preferí aprovecharme de su inquietud. Le dije que no sea vigilante, que mamá estaba con un viejito inválido que conoció en el hotel y había apagado el celular para que nadie la moleste. Dale, boludo, me replicó Marcos sin el menor asomo de gracia, pásame con mamá. Como ya no había por dónde continuar la broma, le dije que eso, lo de pasarle con mamá, no iba a ser posible, dado a que me encontraba desayunando en un café, a unas cuatro cuadras del hotel...

¡¿Y mamá?!, exclamó Marcos notoriamente exaltado.

En el hotel.

¡Y vos dónde estás!

En un café, te dije, a cuatro cuadras.

No seas boludo, me reprendió finalmente en un tono que me hizo sentir un adolescente babieca, trató de no dejarla sola.

Marcos exageraba, yo lo sabía, pero no pude evitar sentirme un estúpido, por debajo del compromiso de mis hermanos. Ellos, evidentemente, se tomaban literal lo de no dejar sola a mamá ni un segundo.

Así como Marcos es de natural parco, también es un ser compasivo con el sufrimiento ajeno. Al notar que sus palabras habían surtido efecto en mí, enseguida dejó atrás la reprimenda y continuó como si nada: Quería hablar con mamá, dijo, para saludarla por el día del psicólogo.

Hubiera preferido toda la vida que insistiera con los reproches antes de ponerme por segunda vez en evidencia: por supuesto, yo no había saludado a mamá en su día, ni siquiera sabía que era el día del psicólogo. Le dije a Marcos que volviera a llamar en quince minutos, que ya mismo regresaba al hotel con mamá. Pagué mi café y salí de La Perla.

Caminó al hotel continué dándole vueltas a lo del día del psicólogo. Pensaba en lo vacíos que debían ser para mamá estos meses sin trabajar, lejos de su consultorio, de su profesión que, dicho sea de paso, era lo único en lo que se permitía expresar un placer manifiesto. Mamá era una pudorosa inquebrantable, la vergüenza y en buena medida el miedo la condujeron a ocultar sus deseos más elementales, al punto incluso de hacerlos irreconocibles para ella misma.

De estos pensamientos salté a la idea de un cuento que por esos días andaba con ganas de escribir. La idea surge de un hecho sucedido en el preescolar de mi hijo Agustín. Resulta que la señorita les había pedido a los niños que eligieran de entre sus juguetes uno que les gustara especialmente, para luego, en una suerte de pequeño acto en presencia de los padres, cada niño ubicara su juguete en el lugar que quisiera de una repisa de la salita. Agustín, a sabiendas que el juguete que eligiera sería un juguete perdido, con el cual, al menos durante el ciclo escolar, no podría contar para jugar en casa, decidió llevar uno que estaba lejos de hallarse entre sus preferidos y que, para más, estaba roto... Como sea, había que estar ahí y ver a cada niño *depositar* en la repisa el juguete que su raye particular le permitía, verlos sacrificar para el bien común un pedacito de sus tesoros.



El experimento de la seño era significativo y profundo a la vez. Divertido en grado sumo, es decir, de la manera más seria, al extremo de mitigar el momento más bien angustiante en que le tocó a Miguel colocar su juguete en la repisa. Miguel era un niño autista en proceso de integración, y pese a que los padres allí presentes nos esforzábamos por aparentar naturalidad, todos esperábamos ver algo singular en su turno, aunque jamás lo que terminaría sucediendo. Miguel avanzó hacia la repisa, en la mano llevaba un camioncito que había elegido de entre sus juguetes. Se trataba de un camioncito anodino, neutro, y costaba imaginar que pudiera haber alguien que hallara algo especial en él. Como sea, Miguel avanzó con el camioncito y al llegar a la estantería encaró hacia un lugar a la izquierda donde había espacio de sobra. Se paró un instante frente al espacio y, luego de dejar caer al piso el camioncito, trepó a la repisa y se *depositó* a sí mismo como el más singular y a toda luz misterioso juguete.

Desde la primera vez que reflexioné sobre el episodio de Miguel, supe que allí se condensaba la supernova del cuento perfecto: el misterio y la lógica imposible rugen en él, la risa inmensa y un terror igual de grande se tensan como una cobra al acecho en el breve instante en que Miguel trepa a la repisa de la salita. En muchas oportunidades pensé en la mejor manera de narrar ese cuento, en la historia que debía enmarcarlo, pero nada de lo que se me ocurría parecía estar en condiciones de acompañar ese momento prodigioso. Me acordaba de un consejo de Alfred Hitchcock, que decía que cuando el punto de partida de una historia es un misterio demasiado grande, demasiado perfecto, nada de lo que puedas pergeñar para resolverlo estará a su altura. Por tanto, lo mejor que puedes hacer es olvidarte de esa historia.

Supongo que, en parte, tal era mi obstáculo: un misterio demasiado grande, imposible de empatar. Pero creo que mi problema era aún más elemental. Yo no quería entender el misterio de Miguel, mucho menos explicarlo o resolverlo, me bastaba con hallar el camino que me condujera hasta él, con encontrar la manera

de perderme en el corazón del laberinto. Pero ni siquiera lograba dar con ello, y al cabo de algunos intentos debí resignarme. La de Miguel no era una historia para mí. Ése cuento no me elegía.

Lo que no imaginaba, lo que no tenía modo de imaginar aquella mañana mientras caminaba de La Perla al hotel AMUDUCH y pensaba en el cuento imposible de Miguel, era que ahí nomás, cada vez más cerquita, en la habitación 315, me aguardaba mi propia historia de Miguel, una historia que sí me elegía, y creo saber por qué: a deferencia de aquella, tenía en mis manos el hilo que me conduciría al corazón del laberinto.

Lo que encontré apenas abrí la puerta de la habitación 315 fue lo que intenté narrar (al sesgo, claro, como lo exige el género del cuento) en “El día del psicólogo”, y es mejor leer el cuento para enterarse. Aunque no creo boicotear nada si digo que allí, detrás de la puerta, estaba ella, mamá, sentada sobre el borde de la cama, inamovible, de cara a la ventana, con la cabeza levemente inclinada hacia arriba. Del otro lado corrían los autos y los colectivos por la avenida Jujuy, una avenida ciertamente espantosa dentro de la mierda excelsa, de la imbecilidad supina de Buenos Aires. Pero los ojos de mamá ignoraban por completo aquel movimiento infernal, y en cambio se posaban en la fijeza patibularia de un ventilador de techo detenido. No indagaban nada, o al menos eso parecía. Más bien eran un par de ojos sin mirada, como se suele decir, unos ojos que, simplemente, contemplaban las aspas naranja sepia de un ventilador de techo de hotel, como si alguien, minutos o años antes, los hubiera colocado en esa dirección y allí se quedarán.

Como mamá no me oyó llegar, procuré entrar sin hacer ruido. Me senté en la cama que estaba detrás a la suya y permanecía algunos segundos observando su espalda blanca, pecosa, una espalda suave y redonda por toda una vida de sobrepeso; sus hombros caídos y las manos a los costados rendidas sobre la cama, como los brazos de un muñeco de trapo; la vista siempre en el ventilador de techo... Hasta ese momento, lo juro por mi alma, no tenía idea lo que era la tristeza y la desolación. Ahí estaba, mi propio cuento de Miguel:



Mamá era un juguete sobre una repisa, un juguete menos misterioso que aquel, pero mucho más gastado, más solo.

Pasado un tiempo decidí llamarla. Casi susurrando, le dije “mamá” por lo menos unas tres veces, pero no me escuchaba. Entonces me acerqué y le puse una mano en el hombro al tiempo que volvía a llamarla. Mamá giró la cabeza y me miró sorprendida. Hola, hijo, me dijo volviendo en sí después de un instante. Sus cachetes se enrojecían de vergüenza a medida que era consciente de la situación en la que la había descubierto. ¿Desayunaste?, me preguntó luego. Sí, en La Perla. Quería conocer el inodoro en el que se inspiró Tanguito para escribir “La balsa”. Ah, qué hermoso... hermoso, dijo mamá sin registrar el chiste y usando esa palabra que en el último tiempo y así, de forma repetida, se había convertido en su manera de describir todo lo que no fuera “horrible, horrible”.

Me senté en la cama junto a ella y le pregunté si había desayunado, hablamos de lo poco y nada que teníamos para hacer durante el día, de un regalo que quería hacerle a Agustín y de alguna otra cuestión. Recién cuando consideré que las cosas habían retomado su curso normal, la saludé por el día del psicólogo. Intenté parecer casual, estúpidamente casual. Mis palabras exactas fueron: Ah, ma, feliz día. Me miró sorprendida y luego me preguntó de qué le hablaba. Hoy es el día del psicólogo..., dije quizás con demasiado énfasis. La cara de mamá se endureció de repente, como si le hubiera gastado una pésima broma. A esta expresión le siguió otra de sobrecogimiento, y tras ésta comenzaron a brotar las primeras lágrimas.

Mamá se cubría la cara con ambas manos y lloraba sin consuelo. Yo la observaba completamente confundido, dudando de si debía intervenir y en qué momento debía hacerlo. Lloró así, en silencio, durante algunos segundos y después comenzó a reprocharse y a pedir perdón una y otra vez: no entiendo cómo se me pudo pasar, cómo pude haberme olvidado, decía mamá. Entonces la abracé y le dije, también una y otra vez, que no pasaba nada, que era una pavada, que no se pusiera así... Y mientras la abrazaba y le

decía todo eso, rogaba para mis adentros que mi hermano volviera a llamar, que por favor llamara cuanto antes.

Los cuentos no tienen finales tristes, dice una canción de Coqui & The Killer Burritos, se abandonan sin querer. Supongo que cumplí con esto en “El día del psicólogo”. No sólo no narro la historia hasta el final, además creo haberla interrumpido en un momento no diría feliz, pero sí, al menos, promisorio, un momento en el que mamá y yo sonreímos, y sobre todo podemos pasar a otra cosa.

Pasar a otra cosa. Muchas veces basta con eso para sentirse feliz o algo parecido.

En lo que se refiere al otro final, quiero decir, al final final de esta historia, es simplemente el que fue. Mamá se curó del cáncer de tiroides, pero no tuvo tiempo de disfrutarlo. Antes incluso de que alcanzaran a darle la buena noticia, otro cáncer, mucho más “agresivo”, de boca o pulmón, nunca lo supe del todo ni me importa, y del cual mamá tampoco llegaría a enterarse, terminó con ella en menos de un mes. Mejor así.

Lo bueno es que jamás voy a regresar al café La Perla. Aunque, eso sí, dudo que en adelante pueda ver un juguete sobre una repisa sin agitarme de tristeza, y de misterio.

BURN AFTER CUMPLING

“TODO EN EL AIRE ES PÁJARO”

NICOLÁS GUILLÉN

¿Que te cuente lo que soñé?

Soñé que seguíamos charlando. Tan sencillo, inofensivo o neutro como eso: seguíamos charlando porque ninguno de los dos tenía apuro y, evidentemente, porque nos moríamos de ganas de seguir charlando (ver paréntesis *). Y un tanto frustrados, seguíamos tratando de recordar el verso de Guillén, que se nos escurría el muy hijodé, no había manera de, por más que. (* La mañana siguiente a nuestra charlita tropecé con una explicación verosímil para todo esto en un libro de, precisamente, conversaciones con el Viejo: a la conversación hay que entenderla, ensaya el Viejo allí, como lo contrario del dogma. Yo interpreté así, fijate: todos somos un revuelto gramajo de sentimientos y opiniones... conceptos y preceptos, tradúcele con glamour. Y en los confines de ese huevo fundamos nuestro módico reino, nos atrincheramos. Claro, la frasecita de Hamlet, vos te tenés que acordar, Acto II, escena 2: autoproclamado Rey del espacio infinito orillando el mundo desde la yema de su propio huevar. Sin embargo, cuando conversamos, aceptamos la posibilidad de que los ingredientes de tu revuelto gramajo pueden venirme bien para perfeccionar el mío, y eso que traés entre yemas puede ser moneda de cambio legítima en mi reino, fijate cómo la



magia se agiganta en los demás. Quien quiera conversar habrá de romper dos huevos, perdonanos Herman Hesse. Entonces, como nos decía siempre aquella monja-no-monja que nos daba Introducción a la Filosofía en primer año (decía Buber o Scheler o Mandrioni o Gevaert y el cuerpo le vibraba y la pobre Santa Teresa entraba como en un soponcio, vos te tenés que acordar), en la conversación hago un hueco, habilito un espacio en mí para que el otro entre ahí, en ese “entre” que habilité especialmente para que él/ella entre ahí, garaje de amigos, circunstancia de sombras. King for a day, fool for a lifetime, sólo en mensajería privada ronronea libre y travieso el porvenir. Entonces, la conversación entre gente que se quiere es otra forma de la desnudez. Conversar es desnudarse por otros medios).

Y en mi sueño, bancá que ya termino, estabas vestida exactamente igual que la última vez, con ese enterito (¿enterito? ¿Se dice así?) que te quedaba divino, “Ay, Suuuuuu, ¡¡¡ese enterito te queda diviiiiiiiiiiiiiiiiino!!!”. Me fui a la banquina, lo sé, derrapé, mal. Pero tengo un compromiso hondo con la verdad del sueño y su relato. Quién miente al contar un sueño, decían los primeros cabezones que atropellaron el mar, corre el riesgo de no volver a soñar jamás.

Bueno, la cuestión es que tenías puesto ese enterito (má sí, esa cosa corta con cuadritos). Y de vez en cuando, SÓLO de vez en cuando, yo me animaba a relojearte discretamente las piernas.

Yo no podía evitar preguntarme cómo te cabía tanta mujer en un talle tan breve... y si sabías que yo sabía que, agazapada detrás de tu doble ventanal de kriptonita verde, se te había escapado y tenías agazapada una pantera, subatómica, unicelular, que nos acechaba a los dos.

Y a vos no parecía molestarte lo de las piernas, o actuabas que no te molestaba (y lo actuabas muy bien porque yo me sentía, como me sentí ayer, en ese ayer que ahora no sé si es otro sueño anterior al sueño, yo me sentía fluir. Quizás porque conversar también es encajar. O quizás porque cuando dos actores actúan como se debe, el teatro se esfuma y la representación se olvida, y las ruedas de

todos los engranajes se derraman en idéntico fluir).

Supongo que mi sueño era botón o cacería de algo que va más allá de mí, un grano de Hamlet que trasciende a Hamlet -como en aquellas peleítas telefónicas de la adolescencia, en que discutíamos por una boludez pero ninguno de los dos quería colgar, ¿te acordás? Cortá, no, cortá vos, no: cortá vos, vos te tenés que acordar. Y también sé lo que estás pensando: que hasta en sueños soy reformista y aburrido, y me gustaría prometerterte guiones más escandalosos o veraniegos para la próxima vez, pero ¿acaso pensás que depende de mí? Acaso pensás que depende de mí (ver paréntesis **).

(** Si dependiera de mí, güe, a mí, por ejemplo, me gustaría soñar esto: que se inunda todo tu barrio como en agosto del año pasado, pongamos del Sanca para acá, todo. Entonces, absurdamente, desembocás en este reino y pedís asilo para dormir, no molesto mucho, sería solo una noche y además, en los sueños nada ocupa demasiado espacio, todos los talles son breves y la pantera, unicelular.

Caritativo –es lo que se espera de un buen rey-, te hago pasar y te dejo dormir.

Y como aparte de monarca piadoso, soy un caballero, no te toco un solo rulo.

Pero eso sí: te contemplo.

Toda la noche, mientras se escurre la ciudad,
yo chapoteo

ojos adentro

mirándote dormir).

Pero yo sé bien que así no funciona, que no basta con querer soñarlo para soñarlo (Ted Brautigan dice algo más o menos así en “Corazones en Atlántida”, no sé si te acordás, es el personaje que hace Anthony Hopkins en la peli). Algo en cada sueño nos expulsa.

Al verso de Guillén lo recordábamos juntos, casi en el mismo segundo de despertar: Todo en el aire es pájaro, decía (o nosotros lo decíamos así, esa parte es borrosa, falla la vertical). Y festejábamos



cumpleaños sin cumplirlos, festejábamos todos los días de la vida.

Y todos los edictos del rey terminaban con esta cláusula: BURN AFTER READING. Quémense después de leer.

Yo te soñé la noche de mi cumpleaños (¡vos me pediste que te lo cuente!) y mis ganas te envolvían para regalo con un moño enorme de baba dulce y con manos invisibles. O quizás todo eso ya pasó.

Vos te tendrías que acordar.

Lo que yo te digo es que al relato le falta un final.

Lo que yo te respondo es que no habrá manera de encontrarlo y que ese final sea verdadero. Y que no habrá manera de encontrarlo y que ese final no sea verdadero.

ÍNDICE BIOGRÁFICO POR AUTOR

#01 | Wild Charuto | pág. 7

Alfredo Germignani. Nació en 1981, en Rosario. Publicó *La soledad en blanco y negro* (poesía en prosa – 2007), *Diario de un fanático de Scarlett Johansson* (novela – 2011), *Ciudad Espectral* (2012). Forma parte del colectivo Literatura Tropical .Com. Desarrolla toda su actividad literaria y editorial en sociedad creativa con Guido Moussa, con quien escribió a cuatro manos las novelas *Rock* (Editorial Contexto, 2014), *Electrónica*, *Folklore*, *Ladrón de Cadáveres*, *No hay lugar para fracasados*, *Miles de Almas al Diablo Venderé*, *Pescado Podrido (historia oficial de la literatura tropical)*, entre otras. Desde el 2014 trabaja a seis manos con Guido Moussa y el escritor Lucas Brito Sánchez en el *Atlas Monumental de Zoología y Botánica Tropical*.

#02 | Cumbia en base | pág. 15

Matías Rivarola. Nació en abril de 1980 en Juan José Castelli, Chaco. En 1998 se mudó a Corrientes, donde estudió la Licenciatura de Comunicación Social en la UNNE y vive hasta la actualidad. Trabajó como redactor en los diarios *El Libertador* y *Norte de Corrientes*. Desde 2007 es corresponsal de la Agencia DyN para el Chaco y Corrientes. Es enfermito de River Plate. Durante años escribió *Mala onda*, un librito de poemas que naufragó en un disco duro estropeado. Una copia habría sobrevivido en un pen drive naranja, que le fue robado durante un acto del ruralista Alfredo De Angelis en Corrientes. Si alguien del campo tiene noticias del pen drive naranja, será recompensado por el autor.

Paola Fernández Mafut. Nació en Resistencia en 1996. Alterna verbosidad irrisible con silencios prolongados: en ambos casos, se vuelve insoportable. Le ocurre más o menos lo mismo cuando escribe. Su relato “Contigüidades” es su primera publicación.

#04 | **Memorias del superboicot
a la recontrarrevolución antidistópica** | **pág. 27**

Julien Coupát. Clonado en el 2100. Su original participó en la Revolución Anti-distópica de la Cultura Libre en Latinoamérica, iniciada en el 2052. La dictadura privatista, más conocida como Affair Macri – Menem, lo encerró en la cárcel entre el 2134 y el 2143, tiempo durante el cual narró sus famosas *Memorias del superboicot a la recontrarrevolución antidistópica*. Murió a manos de su propio clon, cuyo nombre también fue Julien Coupát.

#05 | **La muchachada Neo Thule se divierte** | **pág. 37**

Loreley Berger. Es mujer y nació en 1978. Se dedica a la escultura en jabón y tiene a su cargo la Dirección de Presupuesto del Gobierno de la Provincia de San Juan. Vive en Resistencia desde 1937 y dictó numerosos cursos, charlas y conferencias en distintos lugares del mundo. Fue parte del Concejo Editorial de la revista *Cuna*. Publicó todos sus artículos bajo numerosos seudónimos. Reconocida por la Academia Argentina de Letras como “escritora Sub-20 destacada”. Actualmente reside en un hogar para ancianos con demencia senil, ubicado en el centro de la ciudad.

Mercedes Alegre. Licenciada en Comunicación Social por la Universidad Nacional del Nordeste. Fue colaboradora de las revistas *En el Extremo de la Realidad* y *Waykhuli*, y el semanario de Paraguay *El Yacaré*. Publicó relatos de ficción en las antologías *Unos cuantos cuentan cuentos* y *Chaque tu lengua*, y en la revista *Historias Tenebrosas*. Participó del laboratorio de narrativa “*La Cosa*” y del taller de crónicas “*Grietas*”. Formó parte de *Como Seelstrang: nuevas crónicas de Resistencia*, publicado en 2013. Trabajó en la cooperativa *El Diario de la Región* y desde 2010 se desempeña como agente de prensa en el Instituto de Cultura del Chaco.

Lucas Diel. Nació en 1985. Papá de Lucrecio y Frida, amante de las sensaciones intensas (la lucha, el mar, el sexo). Minúsculo humano expectante de la muerte. Cuando aún era un jovenzuelo, se interesó muchísimo por la filosofía y por las letras y ahora busca un encuentro vital con la escritura.

Mariano Quirós. Nació en 1979, en Resistencia. Publicó las novelas *Robles*, *Torrente*, *Río Negro* (traducida al francés por ediciones La dernière goutte), *Tanto correr*, y *No llores, hombre duro* (Premio Silverio Cañada de la Semana Negra de Gijón). Junto a Germán Parmetler y Pablo Black publicó el volumen de cuentos *Cuatro perras noches*, ilustrado por Luciano Acosta. Dirige junto a Pablo Black la colección literaria Mulita.

Guido Moussa. Corrige, sugiere, edita y escribe contenido y forma parte del colectivo Literatura Tropical .Com. Desarrolla toda su actividad literaria y editorial en sociedad creativa con Alfredo Germignani, con quien escribió a cuatro manos las novelas *Rock* (Editorial Contexto, 2014), *Electrónica*, *Folklore*, *Ladrón de Cadáveres*, *No hay lugar para fracasados*, *Miles de Almas al Diablo Venderé*, *Pescado Podrido (historia oficial de la literatura tropical)*, entre otras. Desde el 2014 trabaja a seis manos con Alfredo Germignani y Lucas Brito Sánchez en el *Atlas Monumental de Zoología y Botánica Tropical*.

Antonio Scappini. Nació en el Día de la Lealtad, a comienzos de la última década del milenio pasado. Comenzó a dedicarse a la narrativa en el momento en que se dio cuenta que nació el mismo día que uno de los creadores originales de Superman, y aspiró así a continuar, lo que sintió en ese momento como un “legado subestimado”, razón por la cual continuará buscando la manera de que siga estando presente en el ideario personal de muchos.

Lucas Brito Sánchez. Nació en Resistencia en 1980. Es periodista y docente. Publicó cuatro libros de poemas y participó en tres antologías. Escribió artículos en revistas locales y para un semanario en Paraguay. En 2013, publicó *La Fundación de Japón* (Editorial Contexto, Colección Mulita). Forma parte del colectivo Literatura Tropical .Com. Desde el 2014 trabaja a seis manos con Guido Moussa y Alfredo Germignani en el *Atlas Monumental de Zoología y Botánica Tropical*.

#12 | El hambre de la Laguna Negra | **pág. 79**

Marcos Misiaszek. Nació en Resistencia en 1988. Es estudiante de periodismo y en su tiempo libre investiga casos policiales resonantes de Chaco. También es vocalista de una banda de Heavy Metal y coleccionista compulsivo de libros que apila en una polvorienta biblioteca que se niega a limpiar. Devora toda la literatura que puede, aunque siente preferencia por lo macabro y las novelas negras. En 2009 publicó su primer libro *Agua viva*, y en el 2013 el policial *Muerte Blanca*.

#13 | El cuento por su autor | **pág. 87**

Pablo Black. Nació en 1981. Junto a Alfredo Germignani, Ariel Sobko y Mariano Quirós fundó la revista *Cuna*. También junto a este último y al escritor Germán Parmetler, publicó *Cuatro perras noches*, libro de relatos con ilustraciones de Luciano Acosta. Es codirector de la colección de narrativa *Mulita*.

#14 | Burn After Cumpling | **pág. 97**

Marcelo Alejandro Caparra Nació en Resistencia en 1973. Docente, escritor y músico. Profesor en Enseñanza Media y Superior en Letras (UNNE), distinguido por la Academia Argentina de Letras con el Mejor Promedio de su promoción. Autor de *Garabatos/Walsh Cuerpo, letra, porvenir* (Ananga Ranga, 2007) y *Lo que no pude decirte aquella vez* (Literatura Tropical/Contexto, 2014). Presentador y prologuista de numerosos libros y destacados autores, sus textos fueron incluidos en numerosas publicaciones y antologías, entre ellas *Como Seelstrang* (Cecual/Contexto, 2013), *Hijo'e Pluma* (Ananga Ranga). Escribió en las revistas *La Espalda*, *Dibujarnos de nuevo*, *Waykhuli*, *Cuna* y *Alta en el Cielo*.

